Seix Barral

Eduardo Otálora Marulanda

Quieto



Seix Barral Biblioteca Breve

Eduardo Otálora Marulanda

Quieto

© Eduardo Otálora Marulanda, 2025

© Editorial Planeta Colombiana S. A., 2025
Calle 73 n.º 7-60, Bogotá
www.planetadelibros.com.co

Primera edición (Colombia): junio de 2025
ISBN 13: 978-628-7655-96-6
ISBN 10: 628-7655-96-8

Impresión: xxxxxxx xxxxxx
Impreso en Colombia – *Printed in Colombia*

Primera edición en formato epub (Colombia): junio de 2025
ISBN: 978-628-7655-97-3
Libro convertido a Epub por: Digitrans Media Services LLP
INDIA

No se permite la reproducción total o parcial de este libro ni su incorporación a un sistema informático ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio, sea este electrónico, mecánico, por fotocopia, por grabación u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito del editor. Queda expresamente prohibida la utilización o reproducción de este libro o de cualquiera de sus partes con el propósito de entrenar o alimentar sistemas o tecnologías de inteligencia artificial. La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual.

Para mis familias, la grande y la chiquita.

Así era el miedo ante la certeza de la muerte de un hijo. Comprendí. Eso era el amor. Solo había muerte después de la muerte del hijo. Una negrura sin futuro.

MARIANA ENRÍQUEZ, EN: *NUESTRA PARTE DE NOCHE*.

Es que los cuerpos se estiran un poco cuando mueren. Es que esa es la medida más grande en ataúdes blancos.

LINA ROJAS FLÓREZ, EN: *ALGO HAY ADENTRO*.

Índice

El sobre blanco
En la panza
Pies juntitos

EL SOBRE BLANCO

Morí una semana después de cumplir un año.

La celebración del cumpleaños fue bonita-bonita. Como no alcancé a tener amigos, el *Feliz cumpleaños* me lo cantaron sólo mamá, papá y mi hermano. Ella preparó una torta de banano con bocadillo, la cubrió con clara de huevo a punto de nieve y la roció con azúcar pulverizada y ralladura de limón.

Mamá usó la receta que le enseñó mi abuela en Cali y que a ella le enseñó mi bisabuela, cuando todavía vivían por allá arriba en la punta de la cordillera, en ese pueblito que se llamaba Aranzazu y que parecía de juguete, de lo pequeñito que era.

Aranzazu tenía dos calles largas, una a cada lado de la plaza: la que subía para las veredas y la que bajaba hacia Manizales. Allá construyó una casa mi bisabuelo, el que siempre caminó jorobado por lo mucho que le tocó agacharse para encontrar pepitas de oro en el Chocó. El patio de la casa daba miedo porque se asomaba a un desfiladero y si la ropa se volaba por el viento había que darla por perdida.

Aranzazu también tenía una iglesia. A mi bisabuela le gustaba sentarse los domingos de misa en las bancas de adelante. Decía ella que así la escuchaba mejor el Cristo crucificado que mandaron traer los vecinos desde un convento en Quito.

Era lindo Aranzazu en los recuerdos de mi bisabuela.

Es lindo que ahora me rodean los recuerdos de mi familia, como una nebulosa de luciérnagas.

De mi bisabuela me gusta un recuerdo en particular. Tenía veinte años, pero era toda una señora con arrugas en la frente, el pelo recogido en una moña y un delantal bien amarrado a la cintura. Ya era mamá de cuatro hijas. En el recuerdo también está mi abuela a su lado, todavía bien chiquita, como de siete años. Usaba un vestido con boleros y medias con boleros y diadema con boleros y, encima de todo, un delantal de niña. Veo a las dos en la cocina: amasaban

bocadillo y bananos maduros en un platón de aluminio, preparaban la torta para el primer cumpleaños de Imelda, la menorcita de las hijas. Ninguna se reía, pero estaban contentas. Mi abuela porque aprendía la receta de la torta de banano con bocadillo, mi bisabuela porque la enseñaba por primera vez.

*

Lo que más me gustó de mi único cumpleaños fue la torta que preparó mamá. Recuerdo que fue sabroso sentirla apachurrada entre los dedos, por eso me la unté hasta en el pelo y se la unté a mi hermano en la cara y a mamá en el pantalón y a papá en la camisa. También comí un poquito y sabía rico.

A mamá le quedaban deliciosas todas las tortas: la de banano con bocadillo, la de pan viejo, la de zanahoria y hasta la de caja que vendían en el supermercado.

Lástima que ya no prepara tortas porque la tristeza le quitó las ganas de amasar y la pobreza la dejó sin horno.

Mamá ahora sólo cocina lo poquito que necesita para no morirse de hambre. Está muy flaca y parece que ya no tiene ganas de nada, sólo de venirse a vivir conmigo. Yo todavía no la recibo porque mi hermano la necesita. Quiere pedirle que le enseñe a preparar las tortas y decirle que la ama.

*

Mi hermano era mucho mayor que yo, tenía catorce años cuando mamá y papá le contaron que yo iba a nacer.

El momento de la noticia empezó con que papá llegó de su trabajo en la Oficina de Desastres del Ministerio de Salud. Eran las seis y pasaditas de la tarde. Entró al apartamento cansado y arrancándose la corbata.

No le gustaba usar corbata porque la consideraba una derrota ante el sistema. Pero le tocaba. Así se lo hizo saber el director de proyectos a los pocos días de entrar a trabajar en el Ministerio. El

director, un gordito cacheticolorado, reunió a los empleados nuevos en la sala de juntas y, con esa amabilidad que suena a orden, les dijo yo sé, muchachos, que lo de la presentación personal no es importante para algunos de ustedes; y está bien, nos aguantamos lo del pelo larguito; los entiendo, yo también estuve en la universidad y quise cambiar el mundo con canciones y vino caliente; sin embargo, no se les olvide que todos somos la cara del Ministerio y necesitamos que la gente nos quiera y respete y, no nos digamos mentiras, una buena presentación personal hace la diferencia.

Papá odió cada bobada que dijo ese director lameculos, como le decía, pero le tocó empezar a usar corbata todos los días. Tenía que cuidar el puesto porque, si no, ¿con qué iba a pagar las cuentas a fin de mes y las pensiones del colegio de mi hermano? Le tocaba usar corbata para ser un hombre de bien, de los que "proveen y responden", como decía su papá que debían ser los hombres de bien.

Por eso papá, siempre que entraba a la casa, se arrancaba la corbata del cuello con furia y la dejaba en el espaldar de alguna silla. Aunque después, antes de dormirse, como a escondidas, la recogía con cuidado y la llevaba al clóset para dejarla bien doblada junto a las otras. Papá sabía que las corbatas costaban un ojo de la cara y en esa época el palo no estaba pa' cuchara, como decía mamá.

Nunca lo estuvo.

Papá se veía lindo con corbata, a mí me gustaba.

*

Después de tirar la corbata, papá dejó en la mecedora de la sala el maletín de cuero que tanto apreciaba y que tenía desde que se graduó de antropólogo. Se lo regaló mi abuelo. Para que sumercé guarde los papeles, le dijo dándole un abrazo y esperando que ese muchacho dejara de ser tan alocado y se cortara el pelo, aunque fuera el capul, y se consiguiera una buena mujer y le diera muchos nietos.

Era generoso mi abuelo porque su papá no lo fue con él. Desde chiquito le dijo mijo, usté va a encargarse de sacarle plata a esta tierra y de que ese molino no pare de dar vueltas; aprenda ligerito a sumar y restar pa' que haga las cuentas del granero. Entonces mi abuelo no tuvo tiempo de preguntarse qué quería hacer con su vida, por eso era generoso con sus hijos, en particular con papá, que era el único hombre.

Fue generoso con lo del regalo del maletín y, sobre todo, con paladearle el embeleco ese de abandonar carreras. Papá empezó tres en Tunja y no terminó ninguna: Agronomía, Ingeniería Electrónica y Zootecnia. Luego le dio por irse a Bogotá dizque a estudiar Biología Marina en la Tadeo. Durante dos semestres lo único que hizo fue perfeccionar la gambeta en el fútbol y afinar los saques de pimpón.

Y mi abuelo lo perdonó y, contradiciendo lo que todos en la familia esperaban, lo siguió apoyando. Hasta le aceptó que, producto de una crisis existencial, se metiera un año a los Hare Krishna para que después, cuando estaban a punto de ungirlo con el aceite tibetano y hacerlo oficialmente un iniciado, le diera porque no, que su camino no era la espiritualidad, sino la lucha social. Por eso se inscribió en la Universidad Nacional en Antropología, una carrera sin futuro y plagada de mechudos mariguaneros.

Eso era lo que creía mi abuelo.

Al final él terminó aceptando que papá también era un mechudo mariguanero y que allá, con esos otros melenudos, encontraría su lugar. Entonces no le insistió más con que se cortara el pelo y se hizo el de la vista gorda con el olor dulzón de la mariguana en la ropa. Incluso lo acompañó el primer día de clases a la entrada de la Universidad Nacional. Ahí le dijo mijo, cuídese, piense en su futuro, mire que ya va siendo hora de que siente cabeza. Y lo abrazó. Y así papá entró a la universidad a estudiar Antropología.

Esa carrera sí la terminó.

*

Luego de lo de la corbata y el maletín, papá saludó de afán y entró al baño a hacer popó. Siempre hacía lo mismo. Se aguantaba todo el día para poder hacer lo suyo en casa. Era de intestino pudoroso, como le gustaba decir. Pero también esperaba hasta llegar a casa porque era un hombre de rutinas.

Algunas rutinas de papá:

Se despertaba a las seis y lo primero que hacía era tomarse el café que mamá le dejaba preparado, porque ella madrugaba más para tener todo listo. Después desayunaba siempre sentado en la misma silla. Luego se lavaba los dientes de arriba hacia abajo y del lado derecho al izquierdo. Antes de salir para el trabajo se fumaba, encerrado en el baño, la patica de mariguana que había dejado el día anterior. Enseguida se echaba gotas en los ojos y salía de la casa como si nada. Los sábados resolvía el crucigrama del periódico en la mañana. Lo hacía metido entre las cobijas, con el diccionario de tapas rojas al lado derecho y una libreta de apuntes al lado izquierdo. En la libreta anotaba respuestas difíciles que se iba encontrando en los crucigramas. Era su manera de registrar victorias que a nadie más le importaban.

Para papá sus rutinas son importantes. Sin ellas se siente perdido y le duele la cabeza y entra en pánico y se vuelve violento.

No me gusta cuando papá es violento porque sus palabras rompen la piel y dejan el corazón como una uva pasa.

*

Mientras papá salía del baño, mamá y mi hermano acomodaron la mesa para la comida. Ese día eran arepas, dos para cada uno. A mi hermano le encantaban las arepas. Se las comía con mordiscos diminutos porque no quería que se le acabaran nunca. Le gustaba sentir en los labios los granos de sal combinados con la mantequilla derretida y luego pasarse la lengua. Amaba las arepas que preparaba mamá, tanto como su hijo ama las que él le prepara ahora para los desayunos.

De tal palo tal astilla.

A papá le gustaban las arepas, pero más le gustaba el pan. Decía que las arepas eran de paisas y caleños y que él, como tunjano, prefería las almojábanas y el pan, sobre todo el que venía relleno de queso y llamaban trenza. Le encantaba coger pedazos grandes y remojarlos en el chocolate bien caliente. Hacer sopitas, decía. El chocolate le gustaba tomarlo en taza, no en pocillo. Aseguraba que le sabía más rico porque así se lo servían en Tunja y que eso no lo iba a cambiar porque ya era suficiente con que mamá no hubiera aprendido a preparar changua. Papá amaba la changua casi tanto como el chocolate en taza. Todos en su familia la amaban y, entonces, no podía ser de otra manera.

A papá le gusta mantener las tradiciones, aunque se la pase dándoselas de rebelde pelilargo y comunista. Es algo así como un hippie-godo.

Tan tierno papá.

*

Vuelvo a la tarde en que me senté por primera vez a la mesa con mi familia.

Papá salió del baño y se echó para atrás su pelo negro y liso como paja. Mi hermano ya estaba sentado en su puesto del comedor, el que daba hacia el ventanal de la sala. Desde su lugar se veían los otros bloques del conjunto residencial y, bien a lo lejos, un pedacito de los cerros orientales de Bogotá.

Vivíamos muy al occidente y un tanto más hacia el sur. Era un conjunto de interés social con apartamentos que parecían cajas de bocadillo, apenas para personas bajitas, como nosotros. Sin embargo, mamá lo había convertido en un lugar calientito y acogedor. Puso matas por todas partes y por eso el apartamentico tenía muchos colores. Además, colgó en las paredes las máscaras que traía papá de los viajes por el país y organizó en repisas las artesanías. Todo el que entraba se sentía como en un museo de antropología.

En el apartamentico mamá vivía feliz, papá se acomodaba porque tenía un estudio y a mi hermano lo único que le importaba era que hubiera ventana.

Mi hermano sólo puede vivir en lugares donde haya una ventana que le deje ver por lo menos un pedacito de cielo. También es un hombre de rutinas. No lo admite pero, cuando el mundo da una vuelta y alguna cosa cambia, él se vuelve loco, loco y violento.

De tal palo tal astilla.

*

Esa tarde en que me les atravesé, mi hermano miraba por el ventanal y masticaba despacito su arepa. Papá se sentó frente a él, cogió un buen pedazo de pan y el cuchillo para la mantequilla. Mamá llegó de la cocina con los pocillos de café con leche y se sentó en medio de los dos. La mesa era circular, grande y de un mimbre fino que había aguantado muchos años, pero que ya se estaba soltando en las patas. Papá le hizo remiendos con cinta pegante, que también terminaron por aflojarse. Desde hacía meses la cinta se estaba poniendo amarillenta.

Ay, papá, que todo lo quieres reparar porque te cuesta aceptar que las cosas se dañan y hay que botarlas.

Esa tarde mamá tenía el pelo recogido en una trenza que le bajaba por la espalda. Todavía lo usaba largo. Cuando me le morí, se lo cortó bien bajito y nunca más lo dejó crecer. Lo tenía abundante, muy crespo y de un negro oscuro como petróleo. En Cali, cuando era pequeña, su mamá siempre le decía cogete esa melena, niña, que parecés una gamina; y bajate del árbol, que esos son juegos de hombres; y usá, carajo, las candonguitas de oro que te regaló la tía Imelda, que mirá que te ves como un niñito; y devolvele los pantalones a tu hermano, que se los vas a raspar en las rodillas; y ponete el vestido rosado que te trajo tu tía Romelia; ay, por Dios, portate como una niña.

En Cali el despeluque estaba prohibido, incluso si la brisa deliciosa de la tarde entraba por la ventana y revolvía las cortinas,

las matas y los manteles. Todo se podía despelucar, menos el pelo de una niña porque, decía mi abuela, aprendé de una vez que las niñas siempre deben estar bien peinadas y, por Dios, se sientan con las piernas cerradas y no hablan si no les preguntan y saben hacerse cargo de una casa y consiguen marido antes de los veinte y hacen lo que él les diga.

En Cali el despeluque y la rebeldía estaban prohibidos. Y mamá era despelucada y rebelde, por eso se escapó de la casa bien jovencita, a buscar su vida en una comuna por los lados de Pance. Allá fue feliz caminando descalza y leyendo muchos libros y bailando salsa alrededor de una fogata y conociendo el "amor universal".

Fue feliz hasta que se dio cuenta de que sus amigos también esperaban que ella se encargara de cocinar y lavar los platos y organizar las camas y de administrar la comuna. Entonces los mandó a comer mierda, así les dijo, y se devolvió para Cali, a caminar la Sexta y ver con quién se cruzaba para seguir con la vida. Por allá la encontró el tío Germán, el único hermano de su papá. Ella lo quería mucho porque además era su padrino y cada veintinueve de junio, el día de los ahijados, le regalaba una maceta enorme de las que vendían en la loma de San Antonio.

El tío Germán se atravesó la Sexta corriendo y la abrazó fuerte, porque llevaba días buscándola, preguntando por ella a los amigos y hasta a los enemigos, dejando razones en las tiendas y recomendando que, si la veían, le dijeran que volviera, que nadie le iba a decir nada, que estaba perdonada. ¿Perdonada de qué? Pues de ser ella, de no querer tragarse el cuento de ser una "niña decente de Cali".

El tío Germán la abrazó y no quería soltarla. Fue ella quien le dijo que ya, que suficiente de abrazos, que estaba haciendo mucho bochorno. Entonces el tío Germán la miró de arriba abajo y le preguntó ¿por qué andás descalza, mi niña?; y mirá lo flaca que estás, hasta se te achilaron los crespos; vení, vamos a tu casa y te bañás y comés bien y dormís hasta que San Juan agache el dedo; dejame yo hablo con tu mamá y tu papá; ellos a vos te quieren

mucho, mi niña, y si se portan así es porque buscan lo mejor; entendelos.

Mamá no los entendió, pero igual se fue para la casa. Extrañaba las empanaditas y el sancocho que preparaba Esther, la empleada, y el chorro grande de la ducha, que refrescaba rico en las tardes calurosas de Cali.

El tío Germán habló con mi abuela toda la tarde, mientras mamá dormía profundamente después de comer y bañarse. Por la noche, cuando mi abuelo llegó del ingenio donde trabajaba, se sentaron los tres en el comedor y el tío Germán los convenció de que dejaran a mamá estar despelucada, que era mejor una despelucada en la casa que una achilada en la calle.

Un pedacito del recuerdo de mi abuelo:

Yo a ella la quiero infinito y casi me muero cuando se fue y siquiera Germán se la encontró para curarle esa flacura acá en la casa y que haga lo que quiera con su vida, que para eso nacimos libres y tenemos comida en la alacena.

Otro pedacito, pero de cómo lo recuerda mi abuela:

Esta criatura cómo se me pierde así y me deja con la lengua hecha un credo, para luego venir a aparecerse como si nada con los pies todos cochinos; yo es que no sé de dónde voy a sacar paciencia para querer a esta hija.

Entonces mamá se quedó en la casa y entró a la Universidad del Valle a estudiar Literatura. Se iba temprano, volvía tarde y hablaba poco. Lo único importante era que sacaba buenas notas y no armaba tanto alboroto en la casa. Lo armaba en la universidad, con los combos de teatreros y proto-poetas, con los de la guitarra al hombro y novelas mal tipografiadas bajo el brazo. Así decía mamá, y era feliz. Se divertía y, sobre todo, podía salir adelante haciendo lo que más le gustaba: leer y escribir.

Después de graduarse de Literatura, mamá se fue a vivir a Bogotá con sus papás y su hermana menor. En ese momento les cogió cariño a las trenzas porque, dijo, en esta nevera no hay brisa rica por las tardes; lo que hay es un chiflón helado que le congela a

una la nariz y le deja el pelo como un chiro; entonces mejor me amarro el pelo bien apretado y sanseacabó.

*

Mamá sabía hacer trenzas de muchos tipos: la riñonera, la de cuatro gajos, la combinada y otras a las que no me les aprendí el nombre. Igual, después de que nací siempre tuvo el pelo con la misma trenza de esa tarde en que le dieron la noticia a mi hermano: bien apretada y bajando por la espalda. Decía que era la más fácil de hacer, que no tenía tiempo para peinados si le tocaba sacar adelante a un bebé, una casa, un adolescente y un marido que no sabía ni hervir el agua. La vida era más fácil, o mejor, menos difícil, con el pelo bien cogido.

A mí lo del pelo de mamá nunca me interesó más allá de jalárselo, enredarlo en mis dedos y chuparle la punta de la trenza. Lo hacía cuando se acostaba conmigo en la cama a intentar que durmiera la siesta de la tarde. Ella casi siempre se ponía boca abajo pegando su frente a la mía, respirando los dos suavecito el mismo aire. Entonces, a veces, la punta de su trenza quedaba a mi alcance y yo, sin dudarlo, me ponía a chuparla. Cuando ella se daba cuenta me la sacaba. Yo me quedaba con la boca vacía, mirándola con los ojitos aguados, extrañándola. Por eso empecé a chuparme los dedos. Era como aprender que en la vida la mamá no dura para siempre y que a uno le toca arreglárselas solo.

Así les pasa a los vivos.

A mí ya no porque me morí y siempre estoy con ella, con papá, con mi hermano y con todos.

Con mamá disfruto cuando se queda mirando por la ventana la calle frente a su casa y sopla para mecer un móvil de campanitas que tiene. Suena y ella me recuerda.

*

Como dije, mamá se cortó el pelo después de que morí, muy bajito, casi a ras. Si no tenía fuerza para lidiar con su propia existencia,

mucho menos con su melena.

Sigue con el pelo corto, que ahora está muy canoso. Se ve linda mamá: parece una abuelita de cuento de hadas.

Pero esa tarde de la noticia tenía todavía el pelo largo y la trenza bien apretada y los cachetes colorados por el calor de la cocina. No comía casi nada. Veía a papá y a mi hermano comer, cada uno a su ritmo. Papá masticando lento grandes bocados de pan, mi hermano mordiendo despacio trocitos de arepa. Los dos igual de demorados. Y ella, sentada en la mitad, pero con la cabeza en el cajón de su mesita de noche. Hasta que no aguantó más y se levantó.

Regresó con un sobre blanco en las manos y se lo entregó a papá. Él lo abrió con curiosidad, mirando a mi hermano y a mamá. Sacó la hoja. Leyó rápido al principio. Luego otra vez, pero muy despacio, masticando el pan y las palabras. Bueno, en realidad sólo una, que estaba en mayúsculas y al final de la página: POSITIVO.

Mamá estaba embarazada de mí.

*

Papá leyó una y otra vez, como intentando descifrar el engaño entre los renglones. Ya tenía un hijo grande y se sentía "al otro lado", más cerca de endeudarse para pagar la universidad que de ir a citas con pediatras. Estaba casi todo resuelto en su vida; sencillamente era un padre de cuarenta y dos años casado con una mujer de cuarenta y tres.

Bueno, en unión libre, porque nunca formalizaron nada ni en una iglesia ni en una notaría. Lo que hicieron fue comprarse un par de argollas delgaditas de oro y comprometerse a llevarlas por siempre. El ritual fue alrededor de una fogata en el desierto de Sabrinsky. Estaban ellos y dos parejas más, todos en armonía con el universo. Lo hicieron después de enterarse de que mi hermano estaba en camino, para que naciera en el calor de una familia, pero una de las buenas, de las que no necesitaban bendiciones ni papeles porque las amarraba el amor.

Mamá cumplió la promesa de llevar la argolla. Papá se la quitó a los tres meses, cuando se le enredó con una hebra de la media mientras se preparaba para uno de los partidos de fútbol que jugaba los domingos con los excompañeros de Antropología. Le dijo a mamá guárdemela, que me va a dañar el uniforme. Ella se la puso en el pulgar y ahí se quedó hasta que se separaron, doce años después de que me les morí.

Todo ese tiempo intentaron mantener amarrada la familia, aunque por dentro estuvieran rotos y desmadejados. Lo único que lograron fue envenenarse el uno al otro y, de paso, a mi hermano.

*

Papá leía y releía: PO-SI-TI-VO. Se llevó la mano a la cabeza y se echó la melena hacia atrás. Luego empezó a arrancarse las cejas y comérselas. Hacía eso cuando estaba ansioso. Y casi siempre estaba ansioso, por eso ya no le quedaban sino poquitas cejas.

A esa altura de su vida con lo único que soñaba papá era con pensionarse. Al menos una vez al mes decía con lo de la pensión voy a comprarme un jeepcito y unas tres hectáreas en clima cafetero; en el lote voy a sembrar frutales y a tener una marranera y de la mierda voy a sacar biogás para la casa, que va a ser de guadua y con forma de pirámide, con paneles solares en el techo y sistema de calentamiento de agua con luz solar.

Hasta tenía dibujos de la dichosa pirámide. Los hacía en los cuadernos cuando se aburría en las reuniones del trabajo, los dibujaba en servilletas mientras conversaba con los compañeros de la universidad después de los partidos de fútbol. Hasta hizo uno en la pared de su estudio. Bocetó la dichosa casa con lápiz y prometió que luego la terminaría de pintar con pincel y tinta china. Nunca lo hizo, pero le quedó bonito el dibujo.

La casa quería hacerla con sus propias manos porque desde el colegio le gustaba la carpintería. En un cuarto del apartamentico tenía su estudio y ahí había un rincón que llamaba "el taller". Era una mesa que él mismo construyó reciclando la madera de un clóset

y que tenía ajustadas una prensa azul y una caladora. Abajo guardaba un guacal donde arrumaba el taladro, los cinceles, las escuadras, tarros de pegantes y pintura, varios tipos de sierras, destornilladores, muchísimos clavos de todos los tamaños y, al lado, la madera que iba recogiendo de sus viajes. No era más que rebujo, pero papá veía eso como las cosas que necesitaba para construir algún día la casa de sus sueños.

De eso han pasado más de treinta años y sigue sin el jeepcito, el lote, la casa y los marranos. Pero le quedan los sueños, que es lo importante. ¿Cierto, papá? ¿Verdad que lo más importante en la vida es nunca dejar de soñar?

*

Papá no quería que el estudio se convirtiera en mi cuarto. Era su santuario. Además del "taller", tenía esas cosas que lo definían: el equipo de sonido, la colección de tambores y los discos viejos que fue heredando de los amigos; las torres de casetes con horas de "música del mundo" que grababa de emisoras raras que sólo podía sintonizar con el radio de onda corta que compró en uno de sus viajes a Maicao; los estantes con carpetas reventadas de documentos que, decía, eran importantísimos porque en ellos estaban las conferencias y talleres que dictaba por todo el país, la memoria de lo que había pensado en la vida, el material con el que alguna vez escribiría su libro. *La vida es un cuento*, decía que se iba a llamar.

Todavía no lo ha empezado a escribir.

Su estudio era un templo y esas ocho letras que ahora leía en la hoja blanca le restregaban en la cara que debía cedérmelo.

Mamá lo miró con curiosidad mientras yo me acomodaba dentro de ella. Di una pequeña vuelta para buscar calorcito y ella la sintió. Por eso bajó la mano disimuladamente y se tocó suave la panza.

Las manos de mamá eran maravillosas. Hicieron hasta lo imposible para que yo no me muriera.

*

Mi hermano no entendía nada de lo que pasaba. Acababa de cumplir catorce años y lo que más le importaba era saber si estaba incluido en la lista de los lindos del curso. La hacían sus compañeras en secreto y todos los hombres se morían por conocerla. Por mucho que él fuera el mejor amigo de todas y les insistiera, ellas no dieron el brazo a torcer. Solo le dijeron que, en consenso, las del curso creían que tenía unas lindas pestañas y piernas bonitas. Pero ni una pista de si eso bastaba para ganarse un lugar en la lista.

Otra preocupación de mi hermano era acabar con la panza blanda que tenía desde bebé y que lo atormentaba cada vez que se metía a duchar.

Y también le preocupaba descubrir la estrategia para que las gafas no se le resbalaran de la nariz.

Joaquín, su mejor amigo, le dijo una vez que no había caso, que lo ideal sería que se pusiera lentes de contacto, que su hermana los usaba y que ya no eran como los de antes, que los hacían blanditos y hasta se podía dormir con ellos. Pero mi hermano les tenía miedo a los lentes de contacto porque mi tía, la hermana menor de mamá, decía que si uno parpadeaba mal le podían cortar el ojo.

Sí, mi hermano tenía sus preocupaciones y que yo existiera ni le iba ni le venía. Sí, mi hermano era un adolescente y quería cuidarse los ojos.

Los usaba para ver mucha televisión. Toda la que podía. Entre semana, apenas llegaba del colegio y mientras esperaba a que mamá sirviera el almuerzo, veía los programas educativos que pasaban por uno de los únicos tres canales: dramatizaciones de campesinos y vendedores de una tienda, para enseñar matemáticas; aventuras de un científico y su ayudante en un laboratorio, para hablar sobre ciencias; conversaciones de una familia llena de problemas, para aprender sobre ética.

Los programas no le gustaban a mi hermano, pero no había más y lo importante para él era ver televisión, lo que fuera.

Después de almorzar hacía las tareas rápido y volvía a sentarse frente al televisor hasta que lo llamaban para comer. Conocía los nombres de todos los protagonistas de las telenovelas de la tarde y se sabía de memoria las canciones que usaban en los cabezotes.

Buena memoria tiene mi hermano. Para eso y para los dolores que le ha ido dejando la vida. No olvida y quizás por esa razón le crecen por dentro bolitas de veneno.

Los fines de semana empezaba a ver televisión a las seis de la mañana y terminaba a las nueve de la noche, con los "ojos cuadrados", como decía papá, y dolor de cabeza. A esa hora papá y mamá lo mandaban a dormir. Entonces veía lucecitas detrás de los párpados, como si la pantalla se le hubiera metido entre los ojos. Así se quedaba dormido y empezaba a soñar con MacGyver y Mánimal y Los Magníficos y Automán, todo revuelto en el mismo sueño, en una sola película.

Al otro día se levantaba y, si era fin de semana, volvía a plantarse frente a la pantalla. Si era día de colegio, aprovechaba mientras se vestía para prender el televisor un poquito, aunque fuera para ver esas barras de colores que indicaban que estaba por comenzar la programación.

Quizás por eso le gustan tanto las ventanas a mi hermano. Son como una pantalla gigante que transmite lo que está pasando en el mundo de afuera y le permiten olvidarse de lo que le duele en el mundo de adentro.

*

¿Por qué papá y mamá dejaban ver tanta televisión a mi hermano?

Papá porque siempre estaba en el trabajo y ni cuenta se daba. Sólo lo regañaba los fines de semana y, sintiendo cumplida su tarea formadora, seguía con los crucigramas o se encerraba en el taller a fumar mariguana, escuchar música, tocar sus tambores y soñar con que creaba un grupo musical que se llamaría los Corromboys, que sonaría a una fusión entre cumbia y carrilera.

Mamá porque tenía que cuidar las matas, limpiar las artesanías, cocinar para los tres, lavar la ropa, los platos y los baños, mercar, organizar la alacena y la nevera, poner agua en las cubetas para hacer hielos, afilar los cuchillos y todo eso que se hace para que una casa no se caiga a pedazos. Pero, además, porque estaba ocupada redactando la tesis de la Maestría en Salud Pública que tenía que terminar papá. Él no era capaz de escribir tres líneas seguidas sin un error de ortografía y, si no sacaba adelante la dichosa tesis, no le daban un aumento de sueldo en el Ministerio.

Cuando mamá terminó la tesis y vino el aumento, también cambió el trabajo de papá. Se volvió más de reuniones y viajes al exterior porque pasó de la Oficina de Desastres a la Coordinación de Salud Pública. Entonces a mamá le tocó escribir los proyectos para el Ministerio, porque papá seguía sin saber qué era una tilde, una coma o un punto; y no le importaba aprender. Decía que en la universidad le habían enseñado a pensar, no a escribir, y que, además, él era un hombre de palabra-hablada, como los taitas en el Putumayo, como los mamos de la Sierra Nevada de Santa Marta.

Mamá escribía para que papá quedara bien ante el mundo. Menos mal estudió Literatura y era buena con las palabras. Menos mal existía la televisión y mi hermano se podía quedar ahí sentado por horas para dejarla trabajar.

¿Qué sería de papá si se hubiera casado con otra mujer? Tal vez habría desayunado con changua todos los días, pero seguramente el director lameculos no lo habría felicitado por la claridad y lucidez de sus proyectos. Quizás tampoco habría viajado por medio mundo presentando modelos de prevención de enfermedades y desarrollo comunitario. Quizás sería un viejo mechudo y mariguanero predicando sobre política en alguno de los jardines de la Universidad Nacional, dándoles cátedra gratis a estudiantes ingenuos.

Mi hermano y yo no habríamos nacido.

Tampoco me habría muerto.

*

Volvamos a los ojos de mi hermano.

Él tuvo un compañerito en primaria llamado Antonio, que tenía los ojos azules y grandes. También tenía las pestañas largas y rubias, casi blancas, y el pelo dorado con crespos que brillaban como pedacitos de sol. Antonio era dulce y siempre que entraba al salón decía buenos días, profe, ¿cómo amaneció? Todas las profesoras lo adoraban por educado y porque tenía buena letra y porque no se salía de la línea cuando coloreaba. En los descansos siempre se escuchaba a alguna decir ay, Antonio, qué son esos ojos tan bonitos, ¿me los regalas?

Mi hermano detestaba a Antonio porque era todo belleza, mientras que él, mi hermano, tenía los ojos cafés y era feo, monstruoso. Al menos así se veía. Tenía un pelo crespo, grueso y muy negro que no entendía de peinados y él quería poder peinarse como Supermán, con todo y el mechoncito en la frente. Era bajito y rodillijunto-patiapartado, con los muslos grandes y las pantorrillas flaquitas. Sus piernas eran como perniles de pollo asado. También tenía los pies planos y anchos como tablas de cama; le dolían mucho cuando corría y por eso nunca ganaba una carrera. Es más, ni siquiera trotaba porque le daba pena, no le gustaba que se viera cómo le saltaba la panza tras la camiseta blanca y transparentada por el sudor.

El sudor de mi hermano.

Mi pobre hermanito odiaba sudar porque eso le activaba la alergia terrible que tenía en la piel.

La alergia de mi hermano era de nacimiento. El pediatra le dijo a mamá que era una hipersensibilidad al pH de su propio sudor; que básicamente mi hermano era alérgico a sí mismo. La alergia se podía tratar con corticoides, pero existía el riesgo de efectos secundarios como problemas de crecimiento, aumento de peso y propensión a la diabetes, entre otros. En fin, mi hermano era muy pequeño para empezar un tratamiento tan agresivo, así que el pediatra recomendó mejor hacerle todos los días baños con Domeboro, un polvito que se disolvía en agua y con el que mamá debía lavarle el cuerpo para desinflamarle la piel y secar las llagas que se le formaban. La

esperanza era que con el tiempo, quizás con la llegada de la pubertad, la alergia disminuyera por sí sola. Faltaban trece años para comprobar eso desde la primera vez que lo vio un pediatra.

Entonces mamá lavó con Domeboro a mi hermano todos los días. Después del baño lo rociaba con una jarra de agua tibia con el Domeboro disuelto. Se lo echaba empezando por los hombros y lo dejaba correr por el cuerpo. Luego esperaba unos minutos hasta que se le secara en la piel, sin usar la toalla.

Sin embargo, la alergia era fuerte en mi hermano. Había temporadas en las que ni el Domeboro ayudaba y le aparecían enormes llagas llenas de sanguaza detrás de las rodillas y subiendo por la parte trasera de los muslos hasta las nalgas. También delante de los codos, bajo las axilas, arriba de la barriga y en cualquier lugar de su cuerpo donde se acumulara un poquito de sudor.

Las llagas parecían quemaduras en carne viva y siempre estaban goteando, por lo que la ropa se le pegaba a la piel. Cuando se quitaba el pantalón o el saco o la camisa, se arrancaba el pellejo y sentía que se le iba un pedacito de alma. Por eso mi hermano nunca se quitaba ni el saco ni el pantalón de la sudadera para la clase de Educación Física. Aguantaba todo el calor del mundo con tal de no arrancarse las costras, aunque sabía que eso lo hacía sudar más.

Tampoco quería que le vieran las llagas.

Tenía una excusa médica que mostraba a los profesores de Educación Física y ellos lo dejaban estar así, con el uniforme completo. Se la consiguió mamá después de presentarle la historia clínica a la enfermera del colegio y de que se le escaparan las lágrimas contándole al rector que mi hermano ni siquiera dejaba que ella lo viera, que se moría de pena por su piel. Y que a ella eso le dolía infinito porque una madre lo que más quiere en el mundo es que su hijo sea feliz y, en este caso, no podía hacer nada más que pedir que no lo obligaran a estar en pantaloneta.

Obviamente a mi hermano no le gustaba que vieran su piel monstruosa, como de elefante moribundo. No quería volver a sentir lo de esa vez que un niño lo vio en una piscina. El niño, entre intrigado y temeroso, le preguntó a su mamá mami… mami, ¿por

qué ese niño está todo quemado? La mamá miró a mi hermano y le susurró alguna respuesta al niño. Mi hermano no alcanzó a escuchar nada, pero se dio cuenta de que hablaban de él. Entonces salió de la piscina corriendo, apretando las lágrimas en los ojos.

Mi hermano odiaba su piel, la odiaba por asquerosa, pero también porque esas llagas picaban horrible y él se rascaba hasta sacarse sangre y la sangre se le quedaba entre las uñas y, entonces, las heridas se infectaban y empezaban a arder y la piquiña se convertía en dolor. Toda la ropa quedaba untada con esa mescolanza que supuraba su cuerpo y mamá le rogaba entre lágrimas que no se rascara, que se iba a hacer daño, que tuviera paciencia, que el pediatra había dicho que esperaran hasta los trece años, que ella lo amaba, que no se dijera monstruo, que era el niño más lindo del mundo, que ya no llores, mi amor, que algún día tu piel va a mejorar.

Y, sí, mejoró. Una noche, despuesito de cumplir los trece, mi hermano lloraba enroscado debajo de las cobijas de su cama, amortiguando los gimoteos con la almohada. Lloraba y le pedía a Dios que le quitara esas llagas, que le arrancara la piel y le pusiera una nueva. Y sus oraciones fueron escuchadas, aunque ni él ni nadie en la casa creía en Dios. Al otro día las llagas estaban cubiertas por una costra dura y achocolatada. Se secaban, agonizaban.

A los dos días las costras comenzaron a desprenderse y, como por obra de un milagro, debajo había piel sana. Dios o el que fuera había escuchado los llantos de mi hermano. Eso o que las hormonas hicieron lo suyo y, pum, de la noche a la mañana él empezó a quitarse el saco en el colegio y a usar pantaloneta en la clase de Educación Física. Ahí fue cuando las niñas del curso le vieron las piernas y dijeron que eran bonitas.

*

Apenas se fue la alergia llegó la miopía, y un poquito de astigmatismo; porque mi hermano no siempre fue cegatón ni sufrió por que se le resbalaran las gafas.

Una tarde de domingo que estaba aburrido de ver televisión, le pidió a papá que le prestara sus gafas. Corrió a mirarse en el espejo del baño y se vio guapo, así como él veía a papá. Entonces, aunque siempre había tenido buena visión, mi hermano deseó que le recetaran gafas. Lo deseó mientras iba al colegio en el bus, lo deseó cuando se bañaba, deleitándose con su piel nueva y odiando su barriga, lo deseó el día que le hicieron el examen de control de optometría y, sí, tenía miopía y astigmatismo. Entonces le recetaron gafas.

Con mamá fueron a buscar las gafas y mi hermano escogió unas de plástico con aros redondos de imitación carey, muy parecidas a las de papá, que sí eran de carey verdadero. Se las midió y mamá le dijo que se veía "interesante". Eso fue suficiente para mi hermano. Las compraron y él las puso en el bolsillo de su pantalón. Quería tenerlas cerca por si había alguna emergencia y necesitaba verse "interesante".

Desde ese día y hasta que fueron una semana después a que les montaran los lentes, las llevó al colegio guardadas en la maleta. Por las mañanas, cuando iba de camino al bus, las sacaba, se las ponía y se miraba en los reflejos de los vidrios de los edificios del conjunto residencial. Lo hacía como quien no quiere la cosa. Y le gustaba lo que veía: una versión crespa y gordita de papá, quizás lo que faltaba para entrar a la lista que hacían las del curso.

*

El día del PO-SI-TI-VO mi hermano no entendía nada. Papá miraba la hoja que tenía en las manos, mamá la bandeja del pan; los tres en absoluto silencio, olvidándose de que a los cafés con leche les estaba saliendo nata. Sin dejar de masticar su arepa, mi hermano miró a mamá con cara de ¿qué está pasando?, ¿por qué a papá se le bajaron los colores?

Papá se levantó y le dio una vuelta a la mesa pasando detrás de mamá y de mi hermano. Luego fue al estudio, entró, miró sus cosas y regresó. Hablemos en el cuarto, le dijo a mamá. Se fueron y mi

hermano se quedó con la arepa, el café con leche, el pan, la mesa de mimbre y la diminuta sala-comedor del apartamentico toda para él. Solo en la casa. El sueño de cualquier adolescente.

Eso no le importó. Rompió la nata con una cucharita, tomó un sorbo y siguió con su arepa. Mi hermano ya se había quedado solo antes en el apartamento y sabía lo que eso significaba.

*

Fue un par de meses atrás, una semana en que coincidieron viajes de mamá y papá. Mamá tuvo que ir a Bucaramanga para verse con una parienta que le propuso un negocio de venta de ropa, de uniformes para colegios. Papá estaba de comisión en el Vaupés intentando diseñar un modelo de salud mental respetuoso con las tradiciones de las comunidades indígenas. Entonces les tocó dejar a mi hermano en la casa durante tres días. Sólo tres: miércoles, jueves y viernes.

Ya podía, era grande, casi un adolescente. De eso estaban seguros papá y mamá. Sabía cómo asar arepas para desayunar y comer por la noche. En la nevera mamá le dejó comida suficiente, que sólo debía calentar para armarse el almuerzo. Anotó en su cuaderno cómo usar la lavadora para lavar los uniformes el viernes y que estuvieran listos el lunes. No tenía problema con que sonara el despertador en la madrugada para arreglarse y salir temprano a esperar el bus del colegio. Por supuesto, estaba el televisor, que llenaría las horas de silencio y soledad por las tardes y hasta la noche, cuando le cogiera el sueño. Y memorizó el teléfono y la dirección de Ismael, el amigo de papá al que tendría que llamar si pasaba algo. Era médico, así que estaría cubierto en caso de accidente. Debieron escribir la información de Ismael en el cuaderno, abajito de las instrucciones para la lavadora, o en un carnet que se colgara en el cuello o pedirle al amigo que estuviera pendiente; nada garantizaba que mi hermano no se diera un golpe en la cabeza y perdiera la memoria. Pero así eran papá y mamá:

confiaban en él, creían que la autonomía era el valor fundamental de la crianza y estaban seguros de que habían hecho un buen trabajo.

Igual, el jueves las cosas se salieron de control. Pasó un poco como en esa película que tanto le gustó a mi hermano, la que era con Tom Cruise y se llamaba *Risky Business*. La vio una vez a escondidas en la casa de mi abuela en Cali, que sí tenía televisión por cable, no como la de nosotros. Mi hermano aprovechaba que lo mandaban en vacaciones para allá y se quedaba hasta el amanecer viendo películas prohibidas, cubierto hasta el cuello con una sábana para que no lo devoraran los zancudos.

Todo empezó cuando le contó a Joaquín que iba a estar solo y decidieron hacer algo después del colegio con un par de amigas del curso, las que les gustaban. Ellas aceptaron porque el plan era por la tarde y más bien tranquilo: poner música, comer crispetas (mi hermano también sabía preparar crispetas), de pronto ver una película de terror en el VHS que Joaquín pediría prestado en su casa o hablar hasta que se hiciera de noche. Y luego, todos muy juiciosos para sus casas. No había pierde, mi hermano y Joaquín eran unas almitas de Dios, siempre muy caballeros con las niñas y escribiéndoles cartas bonitas en esquelas que ellos mismos hacían.

A mi hermano le gustaba Islena, una niña menudita de pelo color caramelo, que tenía los colmillos grandes y desacomodados, esperando a que algún día se los organizaran con ortodoncia. Le encantaba porque se le parecía a la niña vampira de *Entrevista con el vampiro*, esa otra película en la que salía Tom Cruise y que también vio a escondidas en Cali.

Ese jueves le iba a demostrar a Islena que era maduro, que podía vivir solo en una casa, que él era lo que ella necesitaba.

Pero al plan se pegaron un par de amigas de ella y también dos muchachos de otro curso con los que estaban en coqueteos.

Cuando todos entraron al apartamentico lo primero que hicieron fue tirar las maletas en cualquier parte. La de uno de los muchachos casi tumbó la matera del árbol de jade que mamá tenía desde el día que nació mi hermano. Él acomodó la maleta en un rincón y corroboró que la mata estuviera bien.

Entonces empezaron las preguntas: que si esto es una ocarina original, que si aquello es de verdad un fósil de dinosaurio, que de dónde sacaron esas máscaras tan aterradoras, que si esas muñecas de la esquina son para hacer brujería. Mi hermano respondía mientras les pedía que no tocaran y les explicaba que eran cosas muy delicadas que papá coleccionaba y mamá organizaba. Insistió tanto que logró hacerlos sentar.

Joaquín abandonó la idea del VHS y conectó en la sala la grabadora que sacó del cuarto de mi hermano, puso uno de los casetes que tenía en la maleta. Siempre llevaba dos o tres, para escuchar en el *walkman* amarillo que compró con sus ahorros de un año y que en las tiendas vendían diciendo que era "a prueba de agua".

Joaquín sabía de música. Su hermano mayor tenía diez cajas de casetes originales y otras tantas de canciones grabadas de las emisoras. Si estaba de buenas pulgas, compartía la música con Joaquín y le recomendaba cosas. Si estaba de malas, Joaquín le sacaba los casetes a escondidas y los escuchaba en el bus del colegio. Era todo un melómano de la época.

Las cosas salieron más o menos bien en la reunión hasta que uno de los muchachos sacó de su bolsillo el *Nevermind*, de Nirvana.

Corrieron las sillas, la mesa del comedor y el sofá de mimbre que estaba frente al ventanal. Se quitaron los sacos del uniforme y saltaron poseídos por los gritos de Kurt Cobain. Hasta mi hermano se atrevió a cerrar los ojos y dejarse llevar.

Todo se desbocó.

Sólo despertó del éxtasis por un chorro de agua que le dio en la frente. A uno de los muchachos le pareció gracioso coger de la cocina el atomizador que usaba mamá para regar las matas y echarles agua a todos. Estaba claro que quería ver a las muchachas con las camisetas mojadas.

Mi hermano se envenenó de furia porque todo se estaba mojando y cayendo y luego a él le tocaría pegar con Super Bonder las paticas de ranas de barro traídas del Guaviare para que papá y

mamá no se dieran cuenta de su irresponsabilidad y no se sintieran defraudados y le dijeran hijo, ¿de verdad, para esto te criamos?

Los sacó con empujones y gritos, hasta a Islena y Joaquín. Luego tiró las maletas al pasillo frente al apartamento y azotó la puerta de metal. El vidrio del ventanal retumbó y temió que fuera a romperse. Esa sería la cereza que le faltaba al pastel.

El viernes nadie lo saludó en el colegio, ni siquiera Joaquín. Estuvo solo en el descanso, sentado bajo el urapán que hacía sombra en el parqueadero de los buses. Pasó los minutos comiéndose despacio los sánduiches de jamón y queso que se preparó por la mañana. Desde ahí podía ver a Islena hablar con el muchacho que se puso a echar agua. Estaban sentados en las graderías de la cancha de baloncesto. Ella sonreía y sus dos colmillotes blancos brillaban bonito. Se veía que estaba muerta de ganas por darle un beso vampiro.

*

A mi hermano no le importó que la casa estuviera toda para él mientras papá y mamá conversaban en el cuarto, con la puerta cerrada. Masticó su arepa, tomó café con leche, tragó y volvió a masticar. Hasta que mamá regresó y se sentó a su lado. Papá llegó unos segundos después, se quedó de pie entre los dos y le puso una mano en el hombro a mi hermano. El mazacote de arepa y café se le congeló en la boca. Papá y mamá nunca eran tan ceremoniosos.

Papá iba a empezar a hablar, pero se contuvo, como encontrando las palabras en cada ceja que se arrancaba y se llevaba a la boca para mordisquearla. Al rato se animó y dijo su mamá dice que está embarazada; tenemos que decidir qué vamos a hacer.

Las palabras le salieron de la boca como una bala que atravesó a mi hermano por la barriga. Adiós aire, hola pensamientos retumbando en su crespa y adolescente cabeza: ¿tenemos?; tendrán ustedes, que fueron los que metieron las patas. Tanto enseñarme que el condón para aquí y el condón para allá, que la sexualidad responsable, que en la vida hay que saber cuáles responsabilidades

echarse al hombro, que pilas con un embarazo accidental, hijo, que te puedes complicar la vida. Y véanse ustedes, dizque preguntándome qué vamos a hacer.

Papá volvió a hablar, parándose bien derecho y haciendo esa cara seria que usaba en los talleres con las comunidades indígenas cuando iba a discutir algún tema delicado. ¿Quieren que tengamos al bebé?, preguntó; porque hay opciones, dijo mirando los ojos oscuros de mamá.

Mi hermano tragó su bocado de arepa y, como un latigazo, respondió por mí, hagan lo que quieran; lo que sí les digo es que no voy a cambiar pañales.

Cumplió. Nunca me cambió un pañal.

Luego se levantó de la mesa y se escabulló a su cuarto con lo que le quedaba de la arepa en la mano. Cerró la puerta duro, pero con cuidado de no azotarla. Sabía cuánto enfurecía eso a papá y ese no era un día para verlo con los puños apretados.

Nos quedamos mamá, papá y yo en el comedor. Ella miró la nata hundiéndose en el café con leche y el cuchillo que se clavaba en la mantequilla, que se derretía. Él volvió a su puesto y cogió un pedazo de pan, lo remojó en el café con leche y se lo llevó a la boca. Entonces mamá dijo ya estoy muy vieja para ponerme con abortos; toca tenerlo. Papá remojó otro pedazo de pan mientras repetía mentalmente, como el eco en una cordillera: toca tenerlo.

Yo no dije nada porque todavía no tenía boca, pero me enrosqué bien apretadito y prometí que no me iba a mover mucho, que sería un bebé juicioso, para que me quisieran y no se arrepintieran de tenerme.

EN LA PANZA

Me quedé muy quieto.

Tanto que en las últimas dos ecografías que le hicieron a mamá, en las que ya me veía como una personita, siempre salí en la misma posición: abrazando con fuerza el cordón umbilical, escondiendo la cara entre las manos, apretando las rodillas contra el pecho y con los pies bien cruzados uno sobre otro. Hacía todo lo posible para convertirme en una bola chiquitita que no le estorbara a nadie.

Solo me animé a estirar un brazo cuando cumplí siete meses en la panza. Fue un sábado por la tarde. Papá había salido a jugar fútbol con los amigos de Antropología y en el apartamentico mamá y mi hermano veían una película en televisión. Ella estaba acostada bocarriba en la cama y con las piernas levantadas para que se le desinflamaran los pies. Mi hermano se recostó a su lado.

La película era *Comando*, una de esas en las que Arnold Schwarzenegger disparaba sin compasión. Ya la habían visto tres veces porque la repetían al menos una vez al año. Por eso decidieron pasar el rato apostando a cuántas personas mataba Arnold. Mamá decía que eran ciento veinte, mi hermano que doscientas. Cuando llevaban setenta y dos, y la película ni iba por la mitad, mi hermano se aburrió de contar y puso la mano sobre la panza de mamá, sobre mí. Empezó a consentirme.

A mamá le dio ternura sentir juntos a sus dos hijos y también perdió la cuenta de los muertos.

La mano de mi hermano estuvo bien al principio. La movía despacio y con cuidado, sin saber que me acariciaba la espalda y que eso me gustaba. Pero de pronto se quedó quieto, justo sobre mi cabeza. Me la aplastó. Entonces me atreví. Apreté el puño fuerte y lo levanté, empujando. Él lo sintió. Mamá lo sintió. Los dos dejaron de ver el televisor y miraron la panza. La piel se tensó y se empezó a formar un pequeño bulto, como en esa película que le daba tanto miedo a mi hermano: *Alien, el octavo pasajero*.

Aproveché para desperezarme por primera vez. Me gustó cómo se sintió ese corrientazo bajando por el brazo hasta la espalda. Hacía cosquillas ricas. Pero volví a acomodarme rápido para no incomodar a mamá. Ella era mi casita y no quería que se molestara y me sacara de ahí y me tocara dormir en una incubadora o morirme asfixiado porque no tenía los pulmones listos para respirar en el mundo de afuera.

Sentí miedo.

No importaba que ya me hubieran puesto nombre y mi hermano me quisiera.

El miedo es más fuerte que el amor. Eso fue lo que me alcanzó a enseñar mi familia mientras les duré vivo.

*

Mi hermano empezó a quererme el día que lo dejaron escoger mi nombre. Fue por el tiempo en que a mamá se le notó la barriguita.

Una tarde ella estaba descosiendo el elástico de una sudadera que ya le apretaba. Mi hermano llegó del colegio y la vio sentada en la mecedora de la sala con el pantalón sobre las piernas y las tijeras de costura en la mano. La luz entraba intensa por el ventanal y mamá se veía como una sombra, como la sombra de su mamá cuando pasaba las tardes arreglando dobladillos y remendando medias en Cali, porque a estos zumbambicos los alimento, pero no los visto, decía mi abuela.

Mi hermano se acercó a mamá, la saludó con un beso en la frente, tiró al piso su morral y se dejó caer en el sofá de mimbre. Mamá le preguntó cómo le fue en el colegio y él respondió con un "bieeeennnn" que sonó a "tengo catorce años y, mamá, lo último que me interesa es hablar contigo sobre lo que hago en el colegio porque por fin tengo amigos y amigas y me paso los descansos hablando de música o programas de televisión y demostrándoles que soy inteligente y que por eso deberían enamorarse de mí todas las del curso, pero no, no basta, porque siempre están los que juegan fútbol o básquet o voleibol o las tres cosas y ellas se enamoran de

ellos, y no de mí". Entonces los dos se quedaron en silencio. Mi hermano cerró los ojos y se dejó llevar por la modorra que provocaba el calor de la tarde. Mamá soltó la sudadera y fue a calentar el almuerzo.

Cuando se sentaron a la mesa, mi hermano preguntó si ya tenían un nombre para mí. Mamá lo miró con curiosidad y le dijo que no, que estaban pensándolo todavía. Mi hermano empezó a comer. Luego habló de nuevo. ¿Cómo era que me quería poner papá?, preguntó. Inti Huasi, respondió mamá, que en quechua quiere decir "casa del sol". Los dos se rieron y pedacitos de comida volaron por el aire. Yo a vos quería llamarte Ricardo, continuó mamá, por Ricardo III y Ricardo Corazón de León, pero al final no nos pusimos de acuerdo y, para arreglar, cedí a que te llamaras como tu abuelo; yo es que no tenía ganas de pelear.

*

A mamá no le gustaba pelear, por lo menos no a los gritos. Cuando discutían por las noches con papá, ella se quedaba callada, recibiendo palabra tras palabra. Eso lo exasperaba a él todavía más y entonces cogía las llaves del carro, azotaba la puerta metálica del apartamentico y se iba a manejar por la circunvalar. Mientras tanto, mamá se sentaba en la mecedora de la sala, arropada con una cobija delgada de cuadros rojos y negros que compró mi abuela apenas llegaron a Bogotá. Ella, mi abuela, se la regaló a mamá cuando se fue a vivir con papá. Para que te arropés las piernas, que en esta ciudad hace mucho frío, le dijo.

En la mecedora mamá se quedaba mirando por la ventana y durmiendo a ratos, incluso después de que papá llegaba de manejar y se iba derecho al cuarto, todavía furioso porque ni las luces ni la noche de la ciudad le enfriaban la cabeza.

Mamá nunca decía nada, para que no se avivara la pelea. Se quedaba quieta. Quizás por eso en la panza de ella yo me quedé quieto.

El cuerpo aprende del cuerpo.

Ella sólo se levantaba de la mecedora cuando era hora de despertar a mi hermano para ir al colegio. Iba al cuarto, lo llamaba con voz suave y seguía a la cocina para preparar el tinto de papá y el desayuno para todos. Luego continuaba el día como si nada hasta que por la tarde papá regresaba del trabajo y le hablaba de nuevo y ella podía volver a dormir en la cama. O no, porque a veces la rabia de papá duraba varios días.

Así peleaba mamá, en silencio y aguantando.

*

No he contado que teníamos carro.

Papá lo compró cuando mi hermano tenía cinco años. Era un Renault 4 verde oliva, modelo 81, que le vendió un primo que también trabajaba en el Ministerio. Para antojarlo lo llevó al parqueadero una tarde en la hora de almuerzo. El carro estaba recién lavado y relucían los cromados de las ventanas y las defensas. Se pararon frente a él y el primo empezó a decir mire esa belleza, primo, latas duras de las buenas, no como las de ahora que se doblan con el viento; no, éstas son finas; y ni le hablo del motor, primo, pura tecnología francesa, de calidad; este carro hasta corrió en el Rally París-Dakar y algo se ganó.

Papá no quedó convencido con los argumentos, pero sí entusiasmado. Le gustaban los *rallies* y soñaba con algún día recorrer el país a toda velocidad atravesando trochas embarradas.

Papá amaba ir rápido porque de niño soñó con ser piloto de aviones. Recién graduado del colegio, cuando se presentó a la academia de la Fuerza Aérea en Cali, le dijeron que ni hiciera el examen, que con esa miopía no podía volar. Por eso se devolvió para Tunja con el rabo entre las patas y terminó prestando servicio militar en el Batallón Lanceros. Ahí fue donde aprendió a falsificar firmas de tenientes para conseguir permisos y a fumar mariguana con la cabeza asomada por la ventanita de un baño.

*

A los tres días el primo y papá volvieron a ver el carro, otra vez en la hora de almuerzo. Seguía reluciente, aunque había llovido fuerte por la mañana. Era como si el barro tuviera miedo de esas latas finas.

El primo fue quien habló primero. Puso una mano sobre el hombro de papá y le dijo si se anima a comprarlo, primo, no se preocupe, que yo tengo una flecha en el tránsito y él nos hace en una semana la vuelta de los papeles del traspaso.

Papá se arrancó una ceja y la llevó a la boca, para morderla despacio, comiéndosela milímetro a milímetro. Luego arrancó otra y otra y otra más, mientras escuchaba al primo hablar de marcas de aceites y de que con gasolina corriente iba como un bólido, que en eso el carro también salía barato.

Finalmente papá habló. Es que no tengo pase, primo, dijo entre dientes, como excusándose. Tranquilo, que eso lo solucionamos con mi amigo del tránsito, respondió el primo riéndose. Pero papá se quedó en silencio unos segundos más. El primo lo miró, esperando a ver con cuál otra excusa le salía para sacar un nuevo as de la manga. Y… y… y no sé manejar, dijo papá de golpe, como desatorándose de la vergüenza. Ay, hubiera dicho antes, respondió el primo; a lo de la manejada sumercé no le tenga miedo, que esta nave se gobierna sola, páreme bolas y verá.

Entraron al carro y se fueron a dar una vuelta. Ahí sentado en la silla del copiloto, al lado del primo, papá aprendió que el motor se arrancaba con el *choke* afuera y que tocaba irlo hundiendo lentamente, como seduciendo al motor. Entendió que, para que cogiera la primera, el *clutch* se metía rápido y sacaba despacio. Se dio cuenta de que la segunda entraba como una caricia, de que la tercera era de cuidado porque el carro podía perder fuerza en las subidas y de que la cuarta ya era para volar a más de ochenta kilómetros por la carretera, dejando que el viento le despeinara la melena y sacando la mano por la ventana para jugar al avión.

Sí, papá, al avión.

Después de ese paseo fue fácil que a papá le entrara al corazón la estocada que lo terminó de convencer. El primo la soltó cuando parquearon y fueron a revisar el baúl. En ese momento dijo, como

susurrando, acá entre nos, primo, mire ese montón de espacio; eso le conviene a sumercé porque, no nos digamos mentiras, ya está necesitando carro para salir con la familia de paseo; además, perdóneme se lo digo, pero es que no se ve bien eso de que teniendo trabajo, mujer y crío todavía gorree cupo en el carro de su hermana Alma Luz para ir a fin de año a Tunja; al menos eso le escuché decir a mi mamá el otro día; yo sólo cumplo con comentarle.

La promesa de velocidad y el orgullo ganaron la partida. Papá ni le preguntó a mamá sobre la compra, sólo le informó esa noche que iba a "invertir" en un carro, para darle mejor vida a la familia. Habló de los viajes y las vacaciones, de la poquita gasolina que gastaba y de lo baratos que eran los repuestos. Mamá lo escuchó y, aunque era consciente de que papá no sabía manejar, lo dejó hablar porque no quería pelear y terminar durmiendo en la sala.

*

Sin embargo, para hacerle justicia a la vida, hay que decir que a mamá también la entusiasmó la idea del carro. Le gustaba ese sonido ronco y como infinito que tenían los motores. Le gustaba desde niña, desde los sábados en que su papá la subía con mi abuela y los tres hermanos al campero de la familia y se iban a hacer mercado en la plaza de la Alameda, en el centro de Cali.

Ella iba en la silla de atrás apretada entre sus dos hermanos mayores y la hermana menor, que se mareaba fácil, y la ponían en la ventana para que pudiera sacar la cabeza y vomitar. Entonces a mamá siempre le tocaba ir peleando para que el hermano mayor abriera rápido la ventana de su lado porque el calor no había quién se lo aguantara, diciéndole que dejara de ser tan bobo, que no se le iba a despeinar ese copete que se levantaba con gomina. O pidiéndole al otro hermano que corriera el brazo, que no le dejaba espacio y le pegaba su sudor horrible de adolescente y la dejaba oliendo a cebolla todo el día. O acercándose a las sillas de adelante para que no se le clavara en las costillas el codito afilado de su

hermana. Mi abuela y mi abuelo en el campero eran como estatuas que no se inmutaban por el alboroto de los niños. Resuelvan entre ustedes, decían casi a coro cuando empezaba la alegadera.

Pero ese jaleo era cuando estaban todos en el carro y arrancaban. Antes, mientras se calentaba el motor y esperaban a que el resto de la familia saliera de la casa, mi abuelo y mamá estaban solos en el carro. Para pasar el rato él la sentaba en las piernas y jugaban a que ella era la conductora. Se daba ese lujo porque siempre era la primera en estar lista. Todavía lo es, aunque ya no tiene carro ni va a mercar ni se habla con los hermanos ni tiene papás, porque mis abuelos ya se murieron y de vez en cuando los veo por aquí. Me miran de reojo, reconociendo en mis ojos y nariz la cara de su hija. Luego se van.

*

Desde esos días manejar le parecía a mamá una fantasía. Por eso, apenas tuvo las piernas lo suficientemente largas, le dijo a mi abuelo que le enseñara.

Mi abuelo aprovechó unas vacaciones del colegio para hacerlo. Fue un día en que mamá lo acompañó al ingenio donde él trabajaba como contador. La carretera que atravesaba el cañaduzal estaba vacía. Entonces le dijo vení pues a manejar, pero no le digás nada a tu mamá, que ella es toda cismática. Más se demoró mi abuelo en hablar que mamá en estar sentada en la silla del conductor.

El campero era un Jeep Comando azul con techo blanco, parecido a los que usaron en la guerra de Vietnam, pero que diseñaron con cabina más grande y sillas cómodas atrás para que las familias se antojaran de uno. El pedal del *clutch* era duro y tenía maña: había que meterlo y sacarlo en dos tiempos. Eso no impidió que mamá arrancara el carro al tercer intento. Luego, con asombrosa naturalidad, llevó al abuelo hasta el edificio del ingenio y lo esperó recostada en la puerta del campero meneando las llaves, orgullosa porque había domado a la bestia salvaje que era ese carro de llantas gigantes.

Cuando mi abuelo salió ni le preguntó quién manejaba. Ella se subió en el puesto del conductor y prendió el motor pisando el acelerador hasta la mitad, como veía hacer a su papá todos los días. Manejó rumbo a la carretera principal, donde le devolvió el timón a mi abuelo.

Ese día empezó entre ellos una rutina cómplice: ir una o dos veces al mes al ingenio, para que mamá practicara la manejada, para hablar de la vida y hasta para cantar bambucos, pasillos, guabinas y torbellinos, que era la música que más le gustaba a mi abuelo. La rutina les duró hasta que mamá se puso rebelde y se fue de la casa a vivir con los hippies en Pance. Mi abuelo se sintió responsable de eso, creyó que era su culpa por haberla malcriado, por preferirla un poquito por encima de los otros hijos.

No la malcriaste, abuelo. Con las llaves del campero le regalaste alas a mamá. Alas y ganas de volar sola.

*

Papá pagó billete sobre billete los cuatro millones que costó el "renoleto", como le gustaba decirle al Renault 4. Los pagó contento, aunque se estaba gastando los ahorros de los últimos años, los que venía consiguiendo desde que lo contrataron en el Ministerio. La transacción se hizo en el parqueadero, por supuesto, frente a esa joya verde oliva que el primo encendió para comprobarle a papá que estaba perfectamente sincronizado y que ronroneaba como un jaguar.

Sin apagar el motor, el primo se paró al lado del capó y sacó de un maletín una carpeta en la que estaba la tarjeta de propiedad con el nombre de papá y su firma bien estampada. Pegado con un clip iba el pase.

Lo consiguió el amigo del primo presentando en la oficina de tránsito un certificado falso. En el documento decía que papá había aprobado las pruebas de conducción, que nunca presentó, y que la única restricción que tenía era el uso obligatorio de gafas. Se hizo esta aclaración porque todos en la familia sabían que sin gafas papá

era como un topo y el primo tuvo el cuidado de contárselo al amigo. Entonces, salvo porque papá no sabía manejar, todo estaba en regla.

Papá recibió las llaves y la carpeta con los papeles, luego le dio un abrazo cariñoso al primo y se despidieron. En ese momento se sentó en la silla del conductor y apretó fuerte el timón. En sus manos sentía las vibraciones del motor. Unos minutos después giró la llave y el ronroneo se silenció. Al fondo quedó el zumbido del ventilador que refrigeraba el agua del radiador. Papá dejó una mano firme en el timón y la otra en la palanca de cambios e imaginó que iba volando por una autopista. Así se quedó un buen rato, distraído en su fantasía para no enfrentar el hecho de que estaba muerto de miedo. No tenía idea de cómo iba a sacar el carro del parqueadero y llegar hasta el apartamentico sin estrellarse.

Prender el renoleto de nuevo fue sencillo, hacer que se moviera fue una pesadilla. Cada que papá intentaba sacar el *clutch*, el carro brincaba como epiléptico y se apagaba. El vigilante del parqueadero veía la situación sin decir nada. Miraba y volvía a su revista de sopas de letras.

Media hora se demoró papá en lograr que el carro no se apagara al arrancar. Entonces lo pudo mover bien despacito hasta la salida. Se despidió del vigilante levantando del timón sólo los dedos de la mano izquierda mientras con la derecha se aferraba como si estuviera a punto de caer a un abismo.

Dos horas después papá llegó al apartamentico. Tenía la piel pegachenta por el sudor y estaba pálido, como si acabara de bajarse de una montaña rusa que cruzara el Himalaya. Mamá lo saludó con una mirada fría y mi hermano salió corriendo a preguntarle si lo podía llevar a dar un paseo en el carro. Papá le dijo mañana… mañana, que hoy hay mucho tráfico. Luego entró al baño a lavarse la cara. Se vio en los ojos el miedo, pero también la llama de un piloto de *mirage* o *kafir* que acabara de vencer en combate.

*

En efecto, como dijo el primo, el renoleto era fácil de manejar. Por eso a los tres meses papá lo dominaba como un vaquero a su caballo.

En esos tres meses, para obligarse a aprender y evitar la vergüenza de ver que el renoleto se llenaba de polvo en el parqueadero o aceptar que mamá lo manejara, porque ella sí sabía, papá decidió que llevaría a mi hermano al jardín todos los días. Eran cuarenta minutos de recorrido en los que al pobre papá se le apagaba el carro, le brincaba, le saltaban los cambios, se le confundía la palanca de las direccionales con la del limpiabrisas y todo era sencillamente un infierno. Un infierno que él convertía en palabras: más buñuela será su madre, hijueputa; o malparido, ¿fue que nació aprendido o qué?; o coma mierda, gran güevón; o maricón de clóset, respete.

Y todas esas groserías las aprendió mi hermano. Y todas llegó a repetirlas en el jardín. Por eso la profesora habló con la rectora y la rectora citó a papá y mamá, y papá se puso pálido cuando la rectora preguntó cómo iban las cosas en la casa, que si estaban peleando mucho, pregunto porque el niño últimamente está muy grosero con los compañeritos y la profesora; acá entre nos, es que no nos baja de hachepés.

Mamá, que sabía que las peleas en casa eran en silencio, le dijo a la rectora no, en la casa no nos tratamos así; de vez en cuando sí decimos alguna grosería, como cualquier persona, pero pues… Entonces papá interrumpió y aceptó que era su responsabilidad. Contó que estaba aprendiendo a manejar y que decía muchas groserías en el carro. Al final de la reunión se comprometió a hablar con mi hermano.

Así lo hizo. Esa tarde se sentaron los tres en el comedor y papá se excusó con la familia, dijo es que me pongo muy ansioso, hijo, y una manera de calmarme es diciendo groserías, pero eso no está bien; ¿entiendes?

*

Mientras hablaba, papá reconoció en sus palabras las de otro, las de su propio padre cuando un domingo por la tarde lo sentó en el comedor y le dijo mijo, sumercé no puede ir por la vida rompiendo vidrios, no importa que sea la casa del que lo cascó en el partido, no hay excusa; un hombre de verdad se reconoce por cómo recibe los golpes.

Así habló mi abuelo, con voz firme, de padre proveedor que lanza sentencias como salvavidas. Luego se levantó de la silla, le dio un abrazo a papá y le susurró al oído coja juicio, mijo, que todavía le queda mucha vida por delante. Después soltó a papá y se fue para su cuarto a dormir la siesta.

Papá se quedó congelado por la sorpresa. Tenía trece años y hasta ese momento la relación con mi abuelo era distante. De vez en cuando le daba una palmadita en la espalda porque sacaba buenas notas en el colegio, pero nada más. Sus diálogos no pasaban de un "¿cómo le fue en el fútbol?" o un "dígale a su mamá que en el nochero le dejé lo del mes". Nunca un consejo, nunca en las mañanas una palabra más allá del saludo porque, pensaba mi abuelo, de criar a los hijos se encargan las mujeres, que en eso son buenas y mejor cada mula en su potrero.

Pero con lo de los vidrios rotos a mi abuela se le salió de las manos la rebeldía de papá y por eso el domingo por la mañana, antes de irse para misa, mientras se echaba laca en el pelo frente al tocador, le dijo con voz seria a mi abuelo que hablara con papá, porque yo con ese muchacho ya no sé qué hacer ni cómo lidiar, es que da mucha briega y ni con rejo se ajuicia; toca que le hable sumercé, que a usté le tiene respeto y de pronto espabila; mientras tanto yo arreglo ahorita en la iglesia con los Bejarano y veo a ver por cuánto nos va a salir la gracia de los vidrios.

Así habló mi abuela, con su voz dulce como de durazno, pero poderosa como trueno. Luego se fue de la casa dejando en el aire sus palabras. Mi abuelo se quedó solo en el cuarto, encartado con la tarea de hablar con su hijo menor.

Gracias a esa orden de mi abuela ocurrió en él algo que lo sorprendió. Al ponerse a pensar en qué decir reconoció que su hijo

le importaba, que se sentía orgulloso de él cuando se enteraba de que metía goles en los campeonatos de fútbol y que le alegraba escucharlo decir yo soy liberal, como todos los que tenemos la sangre roja.

Es que mi abuelo también era liberal, aunque lo disimulaba, sobre todo delante de mi abuela, que era más conservadora que el cura de la catedral de Tunja y se descomponía de la ira cuando papá salía con esos dichos de liberales.

Gracias a la orden de mi abuela fue que mi abuelo reconoció que quería a papá y, quizás por eso, pudo encontrar palabras y le dijo lo que le dijo. Seguro que también por darse cuenta de que lo quería fue que se atrevió a abrazarlo.

Lo mejor de esa conversación, pensaron mi abuelo y papá, fue que ya no les hizo falta volver a conversar. Muy rápido aprendieron que era más fácil quererse con acciones que con palabras. Por eso mi abuelo le paladeó a papá tantos embelecos con la universidad y hasta lo acompañó a Bogotá para dejarlo instalado cuando se inscribió en Antropología y, el día del grado, le regaló el maletín de cuero. Por eso papá siempre que salía a algún viaje con el Ministerio le compraba cosas a mi abuelo, cualquier detalle: una linterna, un radio, una navaja.

Así se hablaban papá y mi abuelo.

*

El día que papá habló con la familia sobre las groserías, se acordó de la conversación con mi abuelo. Recordó su espalda recta, sus manos grandes apoyadas en la mesa del comedor, una encima de la otra; también su mirada tranquila, que no era ni de amor ni de rabia, y sobre todo la manera como pronunció cada palabra, con pausa, masticándola.

En cambio, a papá las palabras se le revolvieron, como convertidas en una masa chicluda que se le pegaba en el paladar. A duras penas le alcanzaron para concluir, en un balbuceo, diciendo

hijo, no podemos ir por el mundo gritándole madrazos a la gente; no podemos.

Así lo dijo, con un "podemos" honesto, porque él tampoco quería seguir echando madrazos por la vida.

Luego se quedó callado unos segundos, estaba absolutamente perdido. Mi hermano se aburrió del silencio e intentó levantarse. Papá miró a mamá, tuvo miedo de no ser un buen padre, de no encontrar las palabras justas para formar a un ser humano que le sirviera a la sociedad, de quedar como un estúpido ante la única persona que, pensaba, debía respetarlo. Entonces, quién sabe de dónde, le aparecieron las palabras. Con voz solemne, como la de mi abuelo, dijo hagamos un trato, hijo; puedes decir todas las groserías que quieras acá en la casa, pero ninguna en el jardín ni a las profesoras o compañeritos; ¿trato?

Eso preguntó papá, con tono seco, pero lleno de amor, tomando la mano de mi hermano y mirándolo a los ojos, tratándolo como a un adulto. Sintió que el deber estaba cumplido.

Mi hermano de cinco años aceptó. No tenía de otra.

*

Esa conversación con papá tuvo un efecto inesperado en mi hermano. Como acordaron, no volvió a decir groserías en el colegio. Eso estuvo bien. Lo raro fue que tampoco las dijo en la casa, al menos no en presencia de papá y mamá. Se las reservó todas para la ducha, cuando se quedaba como un idiota viendo su cuerpo fofo chorrear agua.

Ahí maldecía a papá y mamá por haberlo hecho un monstruo, un adefesio que nadie quería porque a las personas no les gustaban los gordos ni la piel blanca ni las alergias que parecían quemaduras ni los niños retraídos a los que les daba miedo jugar en los parques. En la ducha odiaba a papá y a mamá, y los puteaba. Ahí convertía su rabia en palabras mojadas.

Bañándose, mi hermano entendió por qué mamá peleaba quieta y en silencio desde la mecedora.

*

¿Y si papá no hubiera sido tan miope? ¿Y si lo hubieran aceptado en la academia de aviación en Cali? ¿Y si un domingo de descanso hubiera salido con los amigos a paseo de río en Pance? ¿Y si mamá hubiera pasado cerca del río, con unos plátanos verdes en la mano, y le llamaran la atención esos muchachitos bien peluqueados que asoleaban sus pieles blancas y servían de banquete a los mosquitos? ¿Y si ella les hubiera dicho a los peluqueaditos que no fueran tan bobos, que hicieran una fogata para que el humo espantara los mosquitos, o que, si querían, más arriba estaban unos amigos armando un sancocho con el pescado que habían atrapado por la mañana? ¿Y si los amigos de papá aceptaban? ¿Y si él subía detrás de mamá mirándole las nalgas bajo la falda larga y descolorida de hippie experimentada? ¿Y si se quedaban hasta por la noche alrededor de la fogata y ella le preguntaba que si le gustaba bailar salsa y él le respondía que no, que no sabía, y ella le decía que tranquilo, que le enseñaba? ¿Y si, maldita sea, esa noche bailaban alrededor de la fogata y se daban besos y ella le proponía que fueran a la cabaña hippie a tener sexo y él se quedaba congelado ante una pelada tan arrebatada y le respondía, tartamudeando, que sí, pero después que no, porque no le gustaba que las mujeres le dijeran qué hacer, que él no estaba para semejante voltaje, que él era de los chapados a la antigua, de esos convencidos en que el hombre propone y la mujer dispone, que al revés las cosas no terminan bien, y por eso se alejaba de la pelada arrebatada y terminaba bebiendo aguardiente hasta la inconciencia y madrugando, con un guayabo horrible, a presentarse en la academia?

No habría familia. Tampoco un bebé muerto.

*

Afortunadamente así no fueron las cosas. Papá y mamá se conocieron en un bailadero de salsa.

Él estaba terminando Antropología y mi abuelo lo convenció de aceptar un trabajo de medio tiempo, que le consiguió con un amigo de Tunja, en la oficina de asuntos indígenas del Ministerio de Gobierno. Era de archivista pero, pensaba mi abuelo, peor era nada y de algo le serviría, al menos para que fuera cogiendo experiencia.

Papá iba todas las tardes a aburrirse metiendo y sacando carpetas de unos estantes metálicos altísimos, tanto que le tocaba usar una escalera. Pero se entretenía conversando con la otra archivista, una muchacha de crespos alborotados, un poco menor que él, que venía de Cali. Ella acababa de graduarse como historiadora en la Universidad del Valle y terminó con toda su familia en Bogotá. ¿La razón? A su papá le salió un nuevo trabajo que, decía el señor, lo haría el hombre más feliz del mundo. Así que, loco de alegría, vendió la casa y el campero, empacó maletas y familia, y se fue para Bogotá.

Ese señor era mi abuelo.

*

Mi abuelo un día se cansó de trabajar como contador en ingenios de caña y reunió a la familia en la sala de la casa. Cuando estaban sentados les dijo ya los saqué adelante a todos y les pagué una carrera, así que ahora me toca pensar en mí y por eso les informo que me voy a pensionar para dedicarme a escuchar bambucos, pasillos, guabinas y torbellinos; la casa se sostiene con mis ahorros, la pensión, con lo que ustedes aporten si siguen viviendo acá y con lo que su mamá haga de costurera, que muy bien sí le está yendo.

Eso hizo. Desde ese día no volvió a ponerse vestido y, con la camisa abierta hasta el tercer botón, asistió a todos los conciertos que pudo, habló con los músicos, los críticos, los vendedores de discos y con todo el que le pusiera conversa. Así, entre canción y canción, aguardiente y aguardiente, los del medio musical se dieron cuenta de que ese señor barrigón, que usaba tirantas y gafas de marco grande, no era un melómano cualquiera, era un especialista que se sabía todas las historias de la música. Por eso un día, en un

concierto en la feria de Cali, una bailarina vieja, de esas que todos llamaban maestra, se le acercó y le dijo ve, me han hablado muy bien de vos y creo que serías bueno para la nueva oficina de folclor y festivales que vamos a abrir en el Instituto de Cultura, en Bogotá; estamos buscando alguien que nos ayude con la administración, pero que también sepa de música; ¿te animás a vivir en la nevera?

Y mi abuelo se animó. Con lo que le pagaron por la casa en Prados del Norte, en Cali, compró un apartamento en el centro de Bogotá y se trasteó con la esposa y las dos hijas que todavía vivían con ellos. Las dos recién graduadas de la universidad, la mayor de Literatura, la menor de Historia.

Cuando ya estaban instalados, mi abuelo le pidió a la maestra bailarina que lo ayudara a conseguirles trabajo a sus hijas. La mayor trabajó editando el libro en el que la bailarina recogía la más reciente investigación que había hecho sobre danzas tradicionales del Pacífico. La menor terminó de archivista en el Ministerio de Gobierno, mientras liberaban una vacante buena en el Instituto de Historia y Antropología.

*

Un viernes que pagaron quincena, la archivista le dijo a papá que iba a salir con su hermana y unos amigos a bailar salsa, que si se animaba. Él aceptó porque le estaba gustando la caleñita esa de sonrisa fácil y crespos alborotados que siempre le hablaba de "vos".

Papá esa noche a duras penas se paró a la pista. Le daban vergüenza sus pies torpes que se movían como muletas de palo. En cambio, conversó mucho. Al principio con la caleñita de pelo alborotado. Pero después no paró de charlar con la hermana mayor, la que usaba una trenza larga. Hablaron de la salsa puertorriqueña y de las raíces contestatarias que tenía en los ritmos cubanos. Él le dijo que extrañaba el frío de Tunja y ella que le hacía falta la brisa de Cali. Coincidieron en que era fundamental, para un cambio de paradigma cultural, que se recuperaran las tradiciones ancestrales en el diseño de políticas públicas. Se emocionaron debatiendo sobre las

alternativas para una reforma agraria que lograra una redistribución de la riqueza y una sociedad más equitativa.

Al final de la noche ya papá se había olvidado de la archivista y se alegró cuando la de la trenza le puso la mano en la pierna y le dijo me caés bien, pelado. Ni corto ni perezoso él puso la suya en la pierna de ella y el resto es un torbellino de imágenes. Hay besos, caricias, gemidos, risas y, al final, mamá está bien barrigona sentada en la misma mecedora que teníamos en el apartamentico, pero en otro apartamento. Uno más pequeño, con las paredes descascaradas y cucarachas durmiendo escondidas en los enchufes de la luz.

Mamá estaba feliz sintiendo a mi hermano dar vueltas en la panza. Él sí se movía porque no tenía miedo de que lo fueran a sacar.

*

Entendí algo: lo único que tenemos los muertos es pasado.

De nada vale que me pregunte qué habría sucedido si mi tía se enamoraba de papá porque le encantaba cómo él estaba pendiente de que no se moviera la escalera cuando a ella le tocaba subir a las gavetas más altas.

No.

Tampoco que me imagine una vida en la que mamá se hubiera ido a vivir con el escritor altote que le componía poemas en la universidad y le dedicó, ya de viejo, una novela.

No.

Mucho menos que fantasee con que mi hermano, el día de las arepas y el café con leche, les hubiera dicho a papá y mamá pues aborten ese bebé, que ustedes ya están muy viejos para ponerse a criar.

No.

No sirve porque duele, porque cada mundo posible espanta los recuerdos que me rodean y empieza a hacer frío y me dan ganas de quedarme quieto.

*

Regreso a cuando mi hermano empezó a quererme. Quiero ponerle el nombre al bebé, dijo antes de tomar un sorbo de jugo de mango. Luego se quedó como atontado viendo el pelo de mamá, que brillaba por el sol.

A mi hermano no le gustaba su nombre y por eso quería escogerme uno bonito a mí.

Siempre pensó que le habría gustado llamarse Óscar, que era el nombre de un compañero que tuvo en quinto de primaria. Era quien corría más rápido en todo el curso. Incluso más que Camilo, el otro que corría rapidísimo y que era flaco como un espagueti y podía meter la barriga hasta que se le contaban todas las costillas.

Óscar y Camilo competían en los recreos y siempre ganaba Óscar. Por eso era el héroe de mi hermano. También porque tenía el pelo castaño y con un ondulado que flotaba en el viento y siempre se veía peinado. Además porque sabía hablar algo de inglés desde que lo llevaron de vacaciones a Disney. Pero, sobre todo, porque Óscar tenía la piel dorada, lisa y brillante, como la de un salvavidas de *Baywatch*.

Mi hermano envidiaba la piel sana y las piernas veloces de Óscar y su pelo de actor de cine y pensaba que lo único que necesitaba para ser como él era llamarse igual.

Tan tierno mi hermano creyendo que los nombres hacen milagros.

Por eso no quería para mí un nombre raro ni ninguna de esas cosas que se le ocurrían a papá. Quería ponerme uno dulce, que me llevara suavecito por la vida, que me diera músculos fuertes, piel sana y una sonrisa de comercial de crema dental.

Santiago, le dijo a mamá recogiendo los últimos granos de arroz del plato con el cuchillo y el tenedor; me gustaría que mi hermano se llamara Santiago. Mamá se quedó pensando un segundo y sonrió. Está bonito, ¿sabés?, dijo; ahora hay que esperar a ver qué dice tu papá.

Por la noche, apenas se sentaron a comer, mi hermano le soltó la noticia a papá. Me gustaría que el bebé se llamara Santiago, dijo sin levantar la mirada del plato, así como hablan los adolescentes. Papá miró a mamá y ella solo dijo a mí el nombre me gusta, es como todo dulce. Papá lo pensó un minuto y luego dijo buena esa, pelado, así es que se hace, participando en las decisiones de la familia.

Ahí mi hermano empezó a quererme.

Por las noches hablaba mentalmente conmigo. Me decía Santiago esto y Santiago aquello, me hablada de Islena, de Joaquín, del colegio, me contaba que le gustaba la clase de Español y que, cuando grande, quería ser vigilante nocturno para quedarse toda la noche leyendo.

Facilito me convertí en su hermano imaginario.

Tan lindo él y sus sueños y sus mundos de fantasía.

*

Así se la pasaba mi hermano y también toda mi familia: presintiéndome. Hasta que un día les nací.

Para ese momento ya no estábamos en el apartamentico. Nos habíamos trasteado al centro, al apartamento donde vivió la familia de mamá cuando llegaron de Cali. Nos fuimos allá porque papá habló con mamá y le dijo vamos a necesitar espacio para el bebé; ¿por qué no habla con su papá y le dice que nos venda el apartamento del centro?; mire que ahora está ahí solo y ese espacio es muy grande para lo que necesita; pregúntele, que nada se pierde.

En efecto, mi abuelo vivía solo y casi ni salía. A duras penas para ir al aeropuerto, subirse en un avión a Cali, luego en un carro alquilado hasta Ginebra, en todo el centro del Valle del Cauca, y quedarse una temporada en la casa que tenía alquilada allá. Era su centro de operaciones como coordinador de un festival muy importante de pasillos, guabinas, bambucos y torbellinos porque, sí, al final de sus días mi abuelo pudo vivir de la música que le gustaba.

Se podría decir que era feliz, aunque solitario como un cusumbosolo porque el matrimonio con mi abuela se fue quebrando

con los años y las rutinas y los malgenios y el frío de Bogotá, que a mi abuela le hacía doler las rodillas y la mantenía con ganas de regresarse a Cali. Un día todo se acabó. Fue cuando mi tía les dijo me voy con Carlos a vivir a Medellín.

Carlos era su novio aventurero, el que conoció en el Instituto de Historia y Antropología, el que hacía investigaciones sobre desplazamiento forzado producto del narcotráfico, el que tenía el pelo dorado y muy largo, el que manejaba un campero descapotable y pequeñito, como de juguete.

Cuando mis abuelos se vieron sin hijos de quienes hacerse cargo, se dieron cuenta de que no les quedaba amor y mucho menos ganas de aguantarse chocheras de viejos. Entonces mi abuela, que nunca le tuvo miedo a mantenerse sola, empacó maletas y se devolvió para Cali, donde estaban sus hermanas, primas y amigas. Dejó en el clóset todas las cobijas y chales y medias y bufandas, como si se quitara una piel que ya le quedaba pequeña.

A mi abuelo, en cambio, le gustaba el frío y disfrutaba esas cosquillitas carrasposas que le hacían en el cuello sus ruanas de lana virgen. Por eso se quedó viviendo contento en el apartamento del centro. Solo y contento.

El tiempo que pasaba en Bogotá lo usaba para leer por las mañanas, escribir por las tardes sus libros de folclor y, sobre todo, para engordar. Tanto que un día se convirtió en una especie de hipopótamo gafufo.

En Ginebra leía mucho más, casi todo el día, pero no escribía porque, les contaba a quienes lo visitaban, el calor me sancocha las ideas y todo me sale como huevos pericos: puros párrafos babosos. Por eso sólo tomaba pequeños apuntes en sus libretotas de papel amarillo. Lo que sí hacía muchas veces era grabarse por horas en casetes que, cuando llegaba a Bogotá, escuchaba pacientemente. Esas cascadas de palabras luego las convertía en sus libros.

Era un poco aterradora la apariencia de mi abuelo, pero también tierna. Cuando estaba escribiendo y se bloqueaba, daba pasos cortitos desde su escritorio hasta la cocina, ahí se tomaba un sorbo de agua helada directamente de la jarra que guardaba en la nevera

y se devolvía al escritorio. Llegaba ahogado de la expedición, pero contento. Esa especie de asfixia le aclaraba la mente.

*

El día que mamá lo visitó para hacerle la propuesta de comprar el apartamento, mi abuelo llegó a la puerta con el corazón a tope y con la respiración agitada. Además de estar muy gordo, y quizás por eso, la altura de Bogotá empezaba a pasarle factura. Entonces le encontró razón a lo que decía mamá porque sí, hija, ya me está costando vivir en este apartamento con tantas escaleras.

Es que el apartamento del centro era divertido. No como el apartamentico, que era aburrido, igualito a todos los apartamentos de interés social del mundo: una entrada, una cocina al lado, una sala-comedor de la que salía un pasillo con dos cuartos a un costado y, al frente, otro cuarto y un baño chiquito donde tenía que organizarse la familia para hacer sus cosas por turnos.

En el apartamento del centro lo primero que veía uno cuando entraba era una escalera larga que bajaba y daba a una sala con el techo altísimo, como a cuatro metros del piso, con unos ventanales enormes que dejaban ver media ciudad y, muy cerca, los cerros orientales. Justo al lado de la puerta de entrada, a la izquierda, había un cuarto pequeño con baño propio que, seguro, el arquitecto pensó para que viviera la empleada del servicio. Ese fue el que escogió mi tía y, más adelante, mi hermano adolescente. Los dos por la misma razón: poder estar todo el día sin verle la cara a nadie.

Bajando las escalerotas, a la izquierda de la sala, estaba la cocina y más allá un patio abierto, una especie de terraza que dejaba entrar aire y frío todo el día. Al otro lado, bajando unas escaleras cortitas, estaban las dos habitaciones grandes y el baño principal.

Cuando la familia de mamá llegó a Bogotá, ella, mamá, se instaló en uno de los cuartos de abajo, en el pequeño. En las paredes alrededor de la cama puso repisas repletas con los libros que había en la biblioteca de la casa de Cali y que trasteó como si fueran un miembro más de la familia.

En el momento en que partieron las hijas y se quedaron solos mi abuela y mi abuelo, a ella ya no le alcanzó la paciencia para aguantarse más los ronquidos de dinosaurio de él. Por eso una noche le dijo, mejor, le gritó andate al otro cuarto, maldita sea, y dejame dormir en paz una puta noche.

Desde ese día él empezó a dormir en el cuarto de los libros y mi abuela siguió en el otro, el más grande, el que tenía un vestidor alargado. Después, cuando mi abuela se fue para Cali, mi abuelo regresó al cuarto grande y cambió la cama del pequeño por un escritorio para su máquina de escribir. El de arriba lo dejó con una cama pequeñita, por si iban visitas.

*

Sí, el apartamento del centro tenía demasiadas escaleras para un hombre tan pesado como mi abuelo. Por eso le pareció buena idea venderlo.

Pero también porque le vio a mamá la panza grandota y los ojos cansados con arruguitas como patas de gallina y las canas que se le asomaban en la trenza. Ya no era la niña que antes sentaba en sus piernas para que jugara a manejar el campero, ni tampoco la hippie harapienta que regresó a casa con cara de "ya me tragué el mundo y no necesito a nadie". Ahí, parada frente a él, masajeándose las caderas, era una mujer cuarentona hecha y derecha. Pero una que estaba con el alma rajada. En la mirada notó que le hacía falta un papá que la cogiera de la mano y le dijera vení, dame un abrazo y tranquila, mi niña, que todo va a estar bien.

Mamá y mi abuelo se abrazaron largo y sus barrigas chocaron. La barrigota de mi abuelo me apachurró, pero fue bonito porque, como ya tenía orejas y me servían, escuché bien fuerte cuando le dijo decile a tu marido que les vendo el apartamento, que así aprovecho y me instalo de una vez en Ginebra. El corazón de mamá golpeó fuerte de la emoción y pude sentir en la sangre el calorcito que le daba el amor de mi abuelo.

Esa noche mamá habló con papá y le contó la conversación con mi abuelo. Al otro día papá se fue en la hora de almuerzo a preguntar en un banco cómo se pedía un préstamo para vivienda. Además, por la tarde, cuando regresó del banco, puso letreros en todas las carteleras del Ministerio informando que vendía el apartamentico.

A los pocos días apareció un cliente, justo cuando del banco estaban llamando para dejar la razón de que aprobaban el crédito. Papá interpretó tanta buena suerte como un mensaje del destino y se puso manos a la obra. Al otro día llamó al cliente y cuadró una cita el domingo para mostrarle el apartamentico.

Ese domingo por la mañana mamá, panzona como estaba, quitó el polvo de las artesanías mientras mi hermano limpiaba las paredes y papá aspiraba el tapete. Luego, entre los tres, lavaron el ventanal de la sala por dentro y por fuera. Era la primera vez que todos se comprometían con el aseo de la casa. Ese trabajo siempre le tocaba hacerlo sola a mamá.

El apartamentico quedó muy lindo y oliendo rico, porque mamá, como detalle final, echó con atomizador una esencia de lavanda que a veces usaba para hacerse masajes en las sienes.

Al cliente le gustó todo: que le entrara mucha luz a la sala, que se vieran los cerros orientales (lejos, pero que se vieran), que por ser último piso fuera silencioso, que la cocina tuviera buen espacio en las gavetas, que el calentador funcionara como si estuviera nuevo. Hasta le gustaron los dibujos antropomórficos que papá tenía en las paredes del estudio y que pintó al lado del boceto de la pirámide de guadua, mientras fumaba mariguana y escuchaba música. Al final del recorrido le dijo a papá que lo llamaba el miércoles, porque le iba a hacer una oferta.

Unos días después de la oferta mamá, papá y mi hermano se encontraron con mi abuelo en una notaría del centro para firmar la escritura del apartamento. Mamá y mi abuelo ya estaban igual de gordos y yo empezaba a ponerme cabeza abajo porque, de repente, me dieron unas ganas locas de salir de la panza y poder tocarle la

piel a mi familia. Quería corroborar que fueran de verdad y no un sueño.

Mi abuelo ya había sacado sus cosas del apartamento y las tenía guardadas en una bodega, listas para mandarlas a Ginebra. Mientras tanto, se estaba quedando en un hotel de La Candelaria, en la misma cuadra del Instituto de Cultura.

Papá puso su firma y mi abuelo, a regañadientes, la de él. Quería que el apartamento quedara a nombre de mamá. Pero no se puede, suegro, le explicó papá cuando firmaron la promesa de compraventa, porque en el banco me dicen que el bien tiene que estar a mi nombre para que pueda ser garantía de la hipoteca.

En el fondo, y aunque nunca lo admitirá, papá se sentía más seguro haciendo las cosas así. Tenía miedo de que algún día mamá se cansara de él y se llenara de valor y le dijera te largás ya de mi apartamento, que es mío porque es la herencia de mi familia; sacás tus cosas y punto, esto se acabó.

Papá siempre teme quedarse sin nada y piensa que todos están contra él.

Papá y su miedo horrible, que convierte en un egoísmo colmilludo que termina desgarrándolo todo.

Mamá y su silencio cuando se quedó callada pese a que le parecía injusto que papá fuera quien firmara la escritura. Pero también mamá y su miedo a la pelea, a pasar semanas durmiendo en la sala, aunque fuera en la del apartamento del centro.

Mi abuelo y la confianza en que su yerno sabría respetar la herencia familiar.

Mi hermano adolescente dichoso porque tendría un cuarto con baño propio y podría pasarse los fines de semana acostado, pegado al televisor y sin verle la cara a nadie.

Y yo, queriendo romper el cuerpo de mamá para conocer el mundo.

Todos, como una gran familia, parados alrededor de una mesa de madera, viendo las firmas en la escritura.

*

Nos trasteamos al apartamento del centro quince días antes de que yo naciera. Mamá a duras penas tenía fuerza para cargarme en la panza y por eso prefirió botar cosas a tener que empacarlas. Se fueron sus faldas largas de la época de hippie, también los sacos de colorinches que usaba cuando llegó a Bogotá y las botas altas de cuero que compró con su primer sueldo, esas que sólo sacaba los días de lluvia para no tenerles miedo a los charcos.

Hacía años que mamá no se ponía esas botas porque, desde que mi hermano nació, casi no salía a la calle y sin calle no había charcos y, sin charcos, miedo. Dejó de ser una mujer aventurera y se convirtió en una ama de casa ensimismada que sólo necesitaba sacos abrigadores y unas buenas pantuflas.

¿Qué te pasó, mamá? ¿Por qué no volviste a usar tus botas? ¿Por qué tu vida se encerró en un apartamentico?

Mamá también aprovechó el trasteo para botar un montón de revistas que zguardaba desde su época de universidad, esas en las que publicó poemas y que atesoraba porque, hasta hacía unos años, todavía mantenía la esperanza de ser escritora.

Todo a la basura: la ropa, las botas, los poemas y los sueños. Sólo se quedó con lo indispensable para ser mi mamá.

Y apenas le duré un año.

*

Mi hermano también aprovechó para purgar su vida y finalmente desprenderse de la infancia. Metió todos sus osos de peluche en una bolsa de basura negra y fue en el carro con papá a dejarlos en el jardín infantil donde estudió, ese en el que había dicho muchas groserías. Dejó allá, además, su colección de robots y los cientos de carritos que le habían regalado en cumpleaños y Navidades.

No se le pasó por la cabeza que todos esos juguetes pudieron haberme hecho feliz. Que Ricardo, su oso de peluche favorito, el que compró con sus ahorros a una profesora del jardín, también podría

ser mi favorito. No se lo ocurrió que, si no me hubiera muerto, los robots y los carritos podrían acompañarme por las tardes de la infancia, cuando mamá fuera vieja para jugar conmigo y él estuviera muy lejos de casa para ser mi amigo, quizás en la universidad, quizás tomando cerveza después del fútbol, como papá. No.

Mi hermano pensó sólo en él porque es egoísta.

Eso le decían papá y mamá.

Eso lo sabe ahora cuando se obliga a pensar, antes que en las de él, en las necesidades de su familia.

Pero estuvo bien que regalara las cosas, porque luego, cuando me morí, le habría dolido el doble deshacerse de los juguetes. Serían sus recuerdos más los míos.

Al apartamento del centro sólo se llevó libros, porque quería empezar a construir una biblioteca grande, de esas que iban de pared a pared, como la que tenía el abuelo en Ginebra. Soñaba con que las visitas se quedaran viéndola y dijeran wow, qué muchacho tan interesante.

Si no iba a ganarse la admiración por tener el pelo lindo, un cuerpo fornido, una piel suave y bronceada o por ser buen deportista, la conseguiría por los libros. Aunque la mayoría no los hubiera leído y sólo estuvieran ahí porque le parecía que llamaban la atención:

The Economy, de John F. Kennedy, porque quería presumir que sabía leer en inglés. Compró el libro en la calle por dos mil pesos y nunca lo abrió, porque no sabía inglés.

Guerra y paz, de Tolstoi, en una edición de papel de arroz que le heredó mi abuelo materno. La tenía para que se dieran cuenta de que no le daban miedo los libros gordos.

Nunca lo abrió.

Las obras completas de Esquilo, Sófocles, Shakespeare y Dostoievski, para mostrar que era culto y conocía a los clásicos. Únicamente había leído lo que obligaban en el colegio y no se lograba aprender ni los nombres de los personajes ni nada. Nunca

entendió por qué todo el mundo decía que eran los libros más importantes de la humanidad.

Al final, lo de la biblioteca fue más bulto que otra cosa.

¿Te habría salido mejor, hermanito, quedarte con los robots, los carros y la colección de libros infantiles, que sí disfrutabas?

*

Papá fue el que más se demoró en empacar. Voy a aprovechar para organizar mi archivo, dijo. Y se encerró un fin de semana entero a escuchar música, fumar mariguana, revisar sus carpetas y recordar de dónde salió tal certificado o cuándo dio esa charla o en cuál seminario tomó tales apuntes.

Al final se cansó de tanto pasado y decidió meter todo en muchas, muchísimas cajas. Trasteó su vida como si fuera una tortuga gigante, de las que viven doscientos años y no pueden desprenderse de su caparazón, aunque les pese y les aplaste las patas.

Así es papá: siempre cargando su pasado y cada día prometiendo que mañana lo organizará.

*

No les pude ayudar a empacar, pero puse de mi parte. Me quedé quieto-quietito-congelado. Aunque ya tenía la cabeza bien metida entre la cadera de mamá, no me moví. No quería que le empezaran los dolores de parto mientras empujaba alguna caja o tendía las camas en los nuevos cuartos o acomodaba el sofá de mimbre debajo del ventanal o le decía a mi hermano tenés que arreglar tu cuarto, hijo, que esa es tu responsabilidad.

Por eso esperé.

Por eso hasta me aguanté los dos días que papá se demoró poniendo en orden cronológico sus carpetas. Armando las "memorias", como llamó a su archivo desde ese momento.

Y también me aguanté el sábado, cuando se pasaron el día entero encontrando el canasto que iba a ser mi cuna.

Buscamos un moisés, le decía mamá a cada vendedor de las tiendas de artesanías que visitaron en el Pasaje Rivas. Y cada uno sacaba una cosa diferente. Algunos unos muebles gigantes con velos de tul y boleros satinados, otros unas canastas blanditas que más parecían bolsas para ir a mercar en la plaza.

Y la venta siempre terminaba en lo mismo: Es que este tiene el entramado muy flojo y se le puede enredar un dedito al bebé. Es que aquel pesa mucho y la idea es que también nos sirva para trastearlo. Es que en ese otro no cabe bien el colchón que queremos. Es que no me convencen los remates con cabuya cruda.

Para mamá todos los canastos tenían algún "pero". La entiendo. Quería lo mejor para mí.

*

Por la tarde, cuando la cara de mi hermano ya no podía ser más larga y estaba a punto de decirles me voy solo para la casa porque me vale güevo dónde va a dormir mi hermano, entraron a un local diminuto al fondo del pasaje. El almacén estaba saturado de armarios y tenía escobas arrumadas en montañas tan altas como una persona y baldes que colgaban del techo y marcos de camas recostados contra las paredes. Olía a comida porque sobre una mesa de noche había una caja de cartón con una pechuga de pollo mordisqueada y restos de ensalada de remolacha aguada, remojando el arroz blanco.

Mamá se aguantó las ganas de vomitar y repitió desanimada el parlamento que había dicho todo el día: buenas, buscamos un moisés. Para que sea la cuna del bebé, complementó papá, esperando que la aclaración evitara la pérdida de tiempo que significaría que les trajeran cualquier cosa con tal de venderles algo.

El vendedor se fue a la parte de atrás del almacén y trajo justamente lo que tenía en mente mamá: un canasto alargado, con manijas grandes y firmes, pero con tejido tupido y suave. Sonrió y el

vendedor se dio cuenta. Si me esperan un ratito les consigo el colchón y hablamos para un descuento, dijo con una sonrisota que dejó ver que le faltaban tres dientes. Mamá y papá aceptaron, recuperando la esperanza de encontrar lo que buscaban. Mi hermano se dejó caer en una butaca y refunfuñó por su maldita suerte de tener un hermano cuando ya no le servía para nada.

El canasto-moisés no fue barato, pero papá y mamá pagaron contentos. Ya tenían una casa lista para recibirme y una camita para que durmiera. Sólo faltaba yo.

*

El domingo les nací, por la nochecita.

PIES JUNTITOS

Me sacaron con cesárea porque, aunque quería, no pude nacer solo.

Diez horas estuvo mamá en trabajo de parto. Diez horas desde que rompió fuente por la noche y le dijo a papá llegó la hora, nos vamos para la clínica. Fue como a las ocho, porque mi hermano todavía estaba despierto. Los tres veían televisión en el cuarto de papá y mamá. Era una telenovela rara porque las protagonistas no lloraban ni los galanes tenían pelo en el pecho. No, en la que veía mi familia había muchas canciones alegres y bailes y gente diciendo cosas chistosas. Hasta el nombre era gracioso. Se llamaba *Leche*.

A papá y mamá les gustaba por ingeniosa y porque los hacía reír muchísimo. A mi hermano le gustaba porque la protagonista tenía una carita de muñeca que le erizaba los pelos de la espalda y porque, de vez en cuando, salía haciendo cara coqueta y mostrando las piernas largas bajo las faldas cortas.

Los tres estaban contentos hasta que me les atravesé en la telenovela.

De repente, sin esperar a los comerciales, mamá se levantó de la cama y corrió al baño. Desde allá fue que gritó que había llegado la hora. Papá y mi hermano saltaron de la cama y corrieron a ver qué pasaba. Los dos se quedaron congelados cuando la encontraron parada en la puerta del baño, con la cabeza recostada en el marco y una cara que anticipaba lo que se les venía en la vida, aunque en ese momento ninguno lo sospechara. Sólo esperaban un parto, no a mí ni lo que significaría mi existencia.

El camisón grande que usaba mamá para dormir estaba todo mojado y por entre las piernas separadas le escurría una cascada de algo que parecía orines, pero que no era orines. Las medias peludas que usaba para el frío quedaron empapadas y chapoteaban en el charco al lado de los calzones que se quitó.

Ahorita me ayudás a recoger este reguero, le dijo mamá a mi hermano y tiró una toalla al piso para que absorbiera eso que no

eran orines. Se quitó las medias, las puso encima de la toalla y salió del baño dejando en el piso de parqué las huellas húmedas de sus pies planos. Traéme unos calzones, la bata, unas pantuflas, la cartera y no te olvidés de la maleta, le gritó a papá mientras caminaba hacia las escaleras del apartamento. Cuando papá la alcanzó con las cosas, ella se las puso ahí mismo y empezó a subir.

Los primeros dos escalones fueron una tortura porque tuvo una contracción que la atravesó como si un serrucho oxidado le raspara los huesos de la cadera. Los otros fueron más sencillos porque no hubo contracciones y porque papá la ayudó a caminar sosteniéndola con una mano, mientras con la otra agarraba fuerte la maleta que ella había preparado hacía un mes.

Adentro estaba todo lo que necesitábamos: ropa limpia para ella y nueva para mí, la cobija de cuadros rojos para ella y una antialérgica suavecita para mí, almohada ortopédica para ella y una con funda bordada para mí, toallas higiénicas gigantes para ella y pañales desechables diminutos para mí.

Desde la puerta, cuando llegaron, papá le gritó a mi hermano quedas al frente de la casa; yo veré. Luego se escuchó el sonido de la puerta al cerrarse y mi hermano quedó solo en el apartamento del centro, mirando el reguero que dejó mamá en el baño.

Su primer pensamiento no fue si yo iba a estar bien o cómo se sentía mamá.

Así no es mi hermano.

Lo que hizo fue renegar por tener que limpiar mi primer reguero.

Fue el único que me recogió porque, después, cumplió a cabalidad su promesa de no cambiarme pañales ni encargarse de mí. Quién los manda a ponerse a tener hijos a estas alturas de la vida, pensaba cada vez que veía a mamá encartada con mi vómito lechoso en el piso de la sala.

*

Fueron diez horas de contracciones. Naturales al principio. Luego, en vista de que yo no salía, vinieron las que llamé “de mentiras”. Esas

las provocó el medicamento que le inyectaron a mamá y que entró también a mi sangre como una aguja de hielo caminándome por las venas.

Y ni así salí.

De verdad tenía muchas ganas de conocer a mi familia: de verle el brillo al pelo largo de papá, de jugar con la trenza de mamá, de quitarle las gafas a mi hermano. Pero no podía moverme y tampoco podía ayudar a mamá para que me sacara más rápido. Tenía las piernas encalambradas, los brazos entumidos, los ojos cerrados, los puños apretados y la aguja de hielo en las venas.

Después de cinco horas sentí mucho miedo de morirme, pero también de nacer.

De morirme porque tenía ganas de vivir.

De nacer porque… ¿Y si no me querían? ¿Y si papá decía que no era mi papá? ¿Y si a mi hermano ya no le gustaba que me llamara Santiago y me ponía un nombre horrible como THX1138? ¿Y si las uñas de mamá se convertían en garras que usaría para pellizcarme? ¿Y si no le salía leche de las tetas?

*

Eso fue lo que le pasó a mamá cuando mi hermano nació.

Mamá decía que lo amaba muchísimo, pero sus tetas dijeron otra cosa. Ellas convertían esas palabras grandes y hermosas en, apenas, unas gotitas de leche aguada que ni servían para alimentar hormigas. Y además de todo a mamá le dio, primero, una mastitis terrible y, luego, un absceso en cada teta, los dos repletos de pus verde casi fosforescente. Todo salió mal.

Ahí sí que la leche se acabó porque tuvieron que formularle a mamá unos medicamentos muy fuertes para el dolor y la infección. Por eso, al mes de nacido, mi hermano estaba tomando leche de fórmula, por eso se convirtió en un bebé gordito-bonito, parecido a los de comerciales de pañales, pero con sobrepeso.

Ahí empezó lo de la barriga blanda.

Sin embargo, eso no fue lo peor, eso no era lo que más me asustaba. A lo que realmente le tenía miedo era a que me hicieran lo mismo que a él: meterme en la guardería a los dos meses de nacido.

*

Papá dice que la decisión la tomaron entre los dos. Mamá sabe que él se acomodó a lo que ella le dijo porque así es papá, buscando siempre la manera de ahorrarse las decisiones difíciles de la vida.

Lo que pasó fue que una noche en la que, como todas, mamá no podía dormir, se levantó de la cama, una vez más, a ver qué le pasaba a mi hermano, que llevaba como una hora llorando. Lo revisó y tenía el pañal limpio, estaba bien arropado, no quiso tomar tetero y no sacó gases cuando ella lo levantó y lo meció. Pero seguía con ese gimoteo insufrible que le arañaba a mamá hasta el hígado. Entonces tuvo una visión. Lo vio tan pequeño y frágil, tan suavecito, que imaginó lo sencillo que resultaría estrellarlo contra la pared, para que se callara por siempre. Sería difícil quitar las manchas de sangre del muro y el tapete, pensó, pero para eso existían el Clorox y la paciencia.

Mamá se aterró de lo que estaba imaginando y por eso al otro día, mientras desayunaba con papá, dijo fuerte y bien claro hoy mismo voy a buscar una guardería; a mí no me alcanza la vida para todo lo que hay que hacer en esta casa y, además, sacar a un bebé adelante.

Tenía razón mamá. No podía escribir los proyectos de papá para el Ministerio y encargarse de la casa y criar a mi hermano recién nacido y aguantarse el dolor en las tetas y no dormir porque el uno lloraba y el otro roncaba y hacer cuentas cada semana porque la plata no alcanzaba y planear las comidas de todos los días y mantener la casa limpia y soportar el ardor en las articulaciones cada vez que se levantaba. Esa no era vida. Sólo tenía tres opciones: morirse ella, matar a mi hermano o llevarlo a la guardería.

Tomó la mejor decisión, por supuesto. Pero igual a mí me daba miedo que hiciera lo mismo conmigo. Yo quería estar con mamá

siempre. Ella era la única casita que conocía y la única que quería tener.

*

La cesárea decidieron hacerla cuando la ginecóloga de mamá se dio cuenta de que me había hecho popó. Meconio, dijo, este chino se hizo meconio. Luego miró angustiada a la enfermera y gritó córrale, mija, hay que preparar el quirófano porque se nos va a morir este niño.

Pero no me morí porque la ginecóloga cortó rápido el cuerpo de mamá y me agarró firme de las piernas y me jaló sin compasión, para salvarme la vida.

Y salí. Y lo primero que me llegó del mundo de afuera fue el olor de mamá. Sudaba como un caballo después de correr cien carreras, tanto que tenía la trenza empapada y, por eso, olía todavía más.

Amé el olor de mamá.

Lo amo todavía. Me gusta sobre todo cuando sale a caminar por las calles del pueblo donde vive y el fresco de la tarde la envuelve. Entonces soy calle y pueblo y viento y universo. Entonces también huelo la mariguana que fuma papá encerrado en el baño y el café que toma mi hermano para no dormirse en el trabajo.

Después de sacarme, me llevaron a una camilla y me revisaron por todo lado. Ahí se dieron cuenta de lo que me hacía un niño especial. Tenía la cabecita torcida hacia el lado derecho y el cráneo aplastado en el izquierdo y los pies juntitos y una verruga en el cuello, que el neonatólogo me extirpó ahí mismo, para hacerle una biopsia porque no pintaba bien.

Al final lo de la verruga sólo resultó ser una masa sin complicaciones. Un lunar carnoso, lo llamó el neonatólogo.

Fue por todas las otras cosas que me terminé muriendo.

*

Al bebé hay que hacerle unos exámenes, dijo el neonatólogo después de explicar lo del lunar. Fue a los dos días de que nací, por la mañana. Estábamos él, papá, mamá, mi hermano y yo en la habitación del hospital. Mamá me tenía pegado a su teta y yo chupaba adormilado, con dolor en el cuerpo, pero contento de estar sintiendo la piel calientita de ella. También estaba contento porque le salía leche.

Antes de que alguien pudiera preguntar cualquier cosa, el neonatólogo continuó hablando, dijo que iba a llamar a una enfermera para que me tomara muestras de sangre porque quería descartar problemas en los riñones, que a veces se asociaban con ese tipo de lunares. Ahí papá y mamá se miraron. Alguno tenía que hablar, pero no se decidieron por quién, entonces el neonatólogo dijo que, además, iba a llevarme a radiología porque debían tomarme radiografías para ver qué pasaba con mi cabeza aplanada, mi cuello torcido y mis pies juntitos.

¿Nos preocupamos?, preguntó papá. Por ahora no, respondió el neonatólogo; hablamos cuando salgan todos los resultados.

Al rato llegó una enfermera para tomarme las muestras. Olía a jabón de coco y hablaba despacio. Tranquila, mamita, que la aguja es muy delgada, dijo, y no le va a doler al bebé, continuó; ellos acaban de nacer y un pinchazo no es nada comparado con un parto; además son sólo tres mililitros lo que le voy a sacar. Luego me apretó el brazo izquierdo con un caucho hasta que se inflaron las venas. Clavó la aguja y sí me dolió. Sentí cómo la punta afilada me atravesó la piel y chupó mi sangre. Después me dolió más cuando la sacó porque imaginé que mi sangre seguiría saliendo por siempre.

Grité.

Me calmé cuando puso el algodón en la herida y todo volvió a estar bien porque mi sangre siguió dentro de mí.

Después tapó el tubo con la muestra, lo guardó en una caja plástica y ahí fue que le pidió a mamá que me entregara. Me lo llevo a las radiografías, dijo. ¿Puedo ir con él?, preguntó mamá angustiada por separarse de mí. No, mamita, respondió la enfermera; usted tiene que recuperarse de la cesárea, dijo mientras

me cargaba y metía en una cuna metálica de barrotes blancos y fríos.

Me llevó la enfermera. En la habitación dejé a mi familia con sus vidas plagadas de preguntas y miedos. Eran como cucarachas que les subían por las piernas y les devoraban a mordisquitos la piel.

*

Los resultados llegaron ese mismo día por la tarde. Los traía el neonatólogo en una carpeta gruesa que tenía escrito mi nombre con marcador rojo y en letra muy grande. Abrió la carpeta sobre la mesa que estaba a los pies de la cama y empezó a explicar. Papitos, arranquemos por lo sencillo, dijo. Papá y mi hermano se pararon uno a cada lado de la mesa. Mamá se sentó con esfuerzo y acomodó las almohadas para ver mejor. Yo seguí durmiendo a su lado. Estaba envuelto como un tabaco con la cobija suavecita que ella me había llevado. En ese momento para mí no existían nada más que el calor y el olor de mamá.

Por lo del lunar no hay que preocuparse, dijo el neonatólogo; como en la biopsia no salió nada, tranquilos por ese lado, y como los exámenes de sangre están normales, los riñones funcionan bien.

Papá y mamá se miraron, algo de alivio se pudo ver en el brillo de sus ojos.

Lo de la cabeza tampoco es complicado, continuó diciendo, porque no hay afectación en el encéfalo; lo único es que a este jovencito le va a tocar usar cachucha o el pelo largo, porque no va a tener una cabeza bonita.

El chiste no le hizo gracia a nadie y el alivio en los ojos de papá y mamá se enturbió un poquito. Por una décima de segundo viajaron al futuro y me imaginaron adolescente, mirándome al espejo y llorando, gritando que los odiaba por haberme hecho deforme.

Pobres papá y mamá, a falta de un hijo con problemas de autoestima, iban a tener dos.

¿Será que para ahorrarles eso fue que me les morí?

El neonatólogo continuó con su explicación diciendo papitos, creo que lo del cuello y los pies son dos manifestaciones de lo mismo; parece que no es grave, pero sí hay que ponerle cuidado y hacer tratamiento.

Los ojos de papá y mamá se opacaron, sus pupilas se transformaron en nubes grises a punto de convertirse en aguacero.

Ni en las radiografías del cuello ni en las de los pies se muestran malformaciones, explicó el neonatólogo mientras las sacaba de la carpeta y las extendía sobre la mesa; igual, todavía no podemos saber qué está pasando porque los bebés son cartilaginosos; yo me inclino a pensar que lo que tiene este jovencito en el cuello es una contractura muscular y en los pies un estiramiento atípico de los tendones, dijo señalando con la punta del índice las vértebras de mi cuello y mis diminutos tobillos en las radiografías.

¿Y eso por qué pasó?, preguntó mamá, desatorándose con esa pregunta de la angustia que sentía desde que me vio por primera vez allá en el quirófano, recién salido de su barriga, chorreando sangre y todo torcido. También preguntó, aunque nunca lo admita, para salir de la duda de si había sido su culpa, por ser una mamá cuarentona, de esas que, dicen, ya tienen la matriz marchita.

El neonatólogo se tomó un segundo en responder, como buscando las palabras apropiadas para ser sincero, pero no asustar. Cuando las encontró dijo pues una causa probable, mamita, es que el bebé no haya realizado en el vientre los movimientos fetales habituales; es un caso de lo que se suele llamar "bebé perezoso".

Mentía.

Yo no me quedé quieto por perezoso. Lo hice porque bien quietecito me iban a querer más mamá, papá y mi hermano, porque bien quietecito no estorbaría en la vida de nadie.

*

Salimos del hospital con las recomendaciones típicas para un recién nacido y con una remisión para el ortopedista pediátrico.

La cita fue a las dos semanas en el mismo hospital donde nací. Fuimos sólo papá, mamá y yo. Mi hermano ya había cumplido con lo de estar pendiente de mi nacimiento y siguió con su vida en el colegio.

El ortopedista era un viejito calvo, con barba canosa y que olía a mueble viejo, pero sus manos eran muy suaves, tibias y delicadas. Revisó las radiografías, me levantó los brazos, me estiró las piernas, me movió la cabeza para un lado y para otro como si fuera un muñeco de trapo y me acomodó los pies como debían ir, corroborando que los volvía a juntar. Muy de buenas ustedes, papitos, dijo, porque esto a un principiante le parecería pie equinovaro y eso sería complicado; afortunadamente no es, no se me asusten, terminó de decir, como si eso fuera una buena noticia y todos mis problemas se desvanecieran con su diagnóstico.

No fue así, pero de alguna manera sí nos alivió lo de que no tuviese eso que él decía que no tenía.

Después de corroborar lo que opinó el neonatólogo, que no había malformaciones en los huesos y que lo del cuello y los pies era sólo asunto de músculos y tendones atípicamente estirados, explicó que me debían programar sesiones con una fisioterapeuta infantil que él conocía, que era buenísima y no cobraba mucho. Les aclaró que el tratamiento de los pies consistía sencillamente en que me ponían un yeso en cada uno para corregir la postura y así estirar los tendones contraídos. Además, explicó que esos yesos me los debían quitar cada quince días y dejarme una semana sin ponérmelos para, primero, no atrofiar el crecimiento y, segundo, ver cómo evolucionaba la "elasticidad".

Así dijo, como si yo fuera de caucho.

La semana que estaría sin yesos la debían emplear en que la fisioterapeuta me hiciera ejercicios y, le recomendó el ortopedista explícitamente a mamá, para que me masajeara el cuerpo con tuétanos de pata de res, porque eso es bendito, mi señora, es puro colágeno, dijo sonriendo; ni se imagina las cosas que yo he visto sanar con ese remedio de las abuelas.

Lo del cuello era más sencillo, sólo tenían que ponerme a dormir de costado, con la cabeza hacia el lado contrario del que la tenía inclinada. Así solita, dijo el ortopedista, con el peso del cráneo todo va quedando en su lugar; eso sí, papitos, terminó de decir con tono solemne, en seis meses quiero ver a este caballero para evaluar el progreso, porque si al año no se ha solucionado lo de los pies nos toca operarlo, le va a dar por empezar a caminar.

Papá y mamá me miraron. En sus caras se veían dos tipos de cansancio: el del presente y el del futuro. Uno era el provocado por las dos semanas que llevaba con ellos, sollozando porque me hacía falta mamá o la teta o me dolía la panza o me molestaba el pañal sucio; otro era el de las noches que vendrían, las del año que les duré vivo. Ese era el cansancio de una promesa, una que no podían evadir porque me amaban y querían ser unos buenos padres para mí.

*

Desde ese día, y durante los seis meses que pasaron hasta el siguiente control con el ortopedista, empezaron en mi familia unas nuevas rutinas de vida.

Mis rutinas:

• Dormir.

• Mirar el móvil que colgó mamá sobre mi canasto-moisés. Tenía forma de pescado y me gustaba porque cada vez que lo veía parecía diferente. Al principio era un revoltijo de manchas. Luego las manchas tuvieron colores: unas se volvieron rojas y las otras se quedaron negras. Después las manchas se convirtieron en ojos, escamas, aletas y hasta en una boca sonriente. Al final, cuando mis ojos aprendieron a ver el mundo, me di cuenta de que el móvil no era un pescado sino un avión. Y de que no estaba solo. Alrededor flotaban un carrito, un tren y un barco.

• Tomar teta hasta que a mamá se le secó la leche a los cuatro meses y empecé con la fórmula y me puse cachetón y colorado, como un globito que estuvieran inflando poco a poco.

• Ir cada quince días donde la fisioterapeuta para que me quitara los yesos. Y luego a la semana para que me los pusiera de nuevo. Eran como unas medias muy pesadas y blanquísimas, que me impedían levantar las piernas. Además, hacían que me dolieran mis piecitos y entonces lloraba por las noches.

• Llorar por las noches durante una semana, mientras me acostumbraba al dolor.

• No dejar dormir a mamá y papá esa semana. Siempre se levantaban de mal genio y desayunaban callados. Eso sí, nunca dejaron de darme besos calientitos cuando me despertaba, porque su amor por mí era más fuerte que el cansancio.

• No poder moverme por el peso de los yesos. Es decir, de nuevo quedarme quieto. Al menos hasta que aprendí a voltearme boca abajo y arrastrarme. Lo hacía por todo el apartamento. Al final de los quince días los yesos quedaban como chiros sucios.

• Golpear con los yesos el piso de parqué de la sala. Quería romperlos, pero nunca se rompían. Sólo retumbaban, sonaban como si estuviera corriendo con pasos cortitos, aunque en realidad me la pasara, al principio, jugando con mi móvil, luego arrastrándome como un cocodrilo. A mi hermano ese sonido le daba miedo porque le parecía de película de terror, y a él no le gustan las películas de terror.

• Balancearme en la mecedorcita donde me sentaban para que no me estuviera arrastrando por todo lado, para que me quedara quieto. Fue un regalo de mi tía Alma Luz. Era de tela suave. Pero ahí tampoco me quedaba quieto porque pronto aprendí que, si balanceaba con fuerza mis piernas, el peso de los yesos hacía que la mecedorcita se moviera hacia adelante. Entonces empecé a recorrer la sala siguiendo a mamá, mientras ella hacía oficio. Por eso pusieron una rejilla en las escaleras que bajaban a los cuartos. No querían que me cayera y se me rompiera un brazo y tuvieran que ponerme otro yeso. O que me muriera desnucado.

• Estar una semana sin yesos. Durante ese tiempo me pasaba horas mirándome los pies, jugando con los dedos, chupándolos. Era feliz sintiendo el mundo a través de la piel descubierta de mis pies.

Mamá aprovechaba esos días para cortarme las uñas. Yo la miraba atento, disfrutando sus movimientos cuidadosos cogiéndome cada dedo. Era una semana alegre en la que no lloraba por las noches y tomaba siestas largas por la tarde, recostado en la mecedorcita o chupando la punta de la trenza de mamá, cuando ella me dejaba.

*

Las rutinas de mi hermano:

• Dejarse crecer el pelo.

El pelo largo estaba de moda porque así lo tenían los galanes de televisión de la época. Todos muy bronceados, todos con sus miradas profundas como de quien podía abrir un corazón con dos palabras, todos dejando sus melenas cobrizas flotar en el viento mientras iban en moto por una carretera, todos con un séquito de enamoradas.

Mi hermano deseaba parecerse a ellos porque estaba cansado de ser sólo el mejor amigo de las niñas de su curso y, además, quería sacarse del corazón el despecho que le había dejado su historia con Islena. Bueno, en realidad no fue ninguna historia. Lo único que pasó fue que, después de la fiesta fallida en el apartamentico, ella se hizo novia del que se puso a echar agua y nunca más volvió a hablar con mi hermano.

Pobrecito mi hermano, con el pelo tan crespo, despechado y con ganas de que alguien se enamorara de él, de que alguna del curso le dijera un día oye, viéndote bien, tienes ojos lindos y me gustan tus crespos, ¿vamos esta noche a la fiesta de Catalina?, ¿me sacas a bailar y me aprietas suavecito la cintura cuando pongan las baladas románticas y apaguen las luces?, ¿me robas un besito?

Esa era otra rutina de mi hermano: soñar todo el día con que alguien se enamorara de él. Y creer que el pelo largo le ayudaría a conseguirlo.

*

Tomó la decisión de dejárselo crecer una mañana en la que se vio al espejo después de salir de la ducha, con su pelo escurriendo. Se estiró los crespos e imaginó cómo se verían largos, llegando a los hombros o bajando por la espalda, flotando al viento mientras iba a cien kilómetros en una moto.

Cuando nos sentamos a desayunar dijo decidí dejarme crecer el pelo. Papá no respondió nada y siguió remojando su pan en el chocolate, pensando en las deudas que iban creciendo porque mis tratamientos no eran baratos. Mamá sólo dijo lo único que te pido es que te lo lavés; no me vengás a la casa con cochinadas. Yo no hablé porque no sabía, así que dejé salir una babita brillante de mi boca y se hizo una burbuja. Amaría a mi hermano igual si tuviera el pelo largo, corto o se quedara calvo, como está ahora.

Desde ese día mi hermano no volvió a la peluquería durante diez años.

Al principio se peinó su afro hacia el lado derecho y estiró un mechoncito sobre la frente. Cuando le creció un poco más se peinó por la mitad y quedó como una palmera enana. En ese momento arrancó su historia con el acondicionador.

• La rutina del acondicionador.

En esa época no vendían en los supermercados ningún producto especial para pelo crespo, entonces mamá le dijo a mi hermano para peinarte tenés que usar acondicionador; te lo echás después del champú y lo dejás un rato; luego no te lo enjuagás mucho, para que se te armen los crespos. Y se le armaban, pero no como él quería: suaves, brillantes y esponjosos. Más bien quedaban como un mazacote baboso.

Sumado a eso, y para poder hacerse el tratamiento de champú y acondicionador, le tocó empezar a despertarse más temprano para bañarse. Se demoraba como cuarenta minutos en la ducha y se gastaba toda el agua caliente. Por eso papá se molestó y en las mañanas saludaba con un qué falta de conciencia, carajo; ese mundo de agua y uno solo pagando todos los gastos de esta casa.

Lo del pelo largo no le sirvió a mi hermano para que se enamoraran de él. Entonces se enfocó en el pimpón, que ya se la pasaba jugando en los descansos del colegio con sus compañeros. Era de los buenos, aunque Joaquín era mejor.

• La rutina del pimpón.

Joaquín y mi hermano se animaron una tarde y, después de clases, pasaron por la liga de pimpón, que quedaba frente al colegio cruzando la avenida. Joaquín, que era más entrador, se acercó a una mujer con sudadera de la liga y le preguntó que si sabía qué se necesitaba para ingresar. Ella, que era una de las entrenadoras de los semilleros, le dijo eso es fácil, lo único que tienen que hacer, jóvenes, es venir el viernes a presentar una prueba a las tres de la tarde, bien puntuales, con sudadera y tenis; si me ganan un punto en un partido quedan aceptados. Luego se rio.

Lo de ganarle un punto fue en broma, porque era la campeona nacional y panamericana de pimpón. Lo de la prueba fue cierto. Ese viernes les tocó trotar, hacer abdominales, flexiones de pecho y, al final, jugar un minitorneo entre los ocho candidatos. Los partidos eran a nueve puntos. Joaquín perdió un partido y ganó dos. Mi hermano perdió dos, pero el tercero quedó nueve iguales y, en el alargue, ganó doce a diez. A los dos los aceptaron. También a los otros seis.

A partir del siguiente lunes mi hermano empezó a llegar corriendo del colegio. Se embutía el almuerzo, se lavaba los dientes y salía, otra vez corriendo, a coger bus para devolverse a la liga y llegar bien puntual a las tres de la tarde. Entrenaba hasta las cinco y treinta, se subía al bus y dormía la media hora de regreso al apartamento, entraba arrastrando las piernas por el cansancio, se embutía el café con leche y las arepas mientras hacía tareas y, finalmente, como a las nueve de la noche quedaba profundamente dormido. Al otro día madrugaba a bañarse y hacerse el respectivo tratamiento para el pelo.

Así todos los días.

Mi hermano entonces se convirtió en una especie de fantasma en la casa. Pero yo lo amaba, por eso siempre salía a recibirlo cuando

llegaba del colegio por la tarde.

*

¿Por qué amaba a mi hermano si no me cuidaba?

Para que esto se entienda debo hablar de mi cuarto.

Mamá me acondicionó la habitación que antes, cuando el apartamento era de mi abuelo, él utilizaba como estudio y biblioteca. Puso en el piso una colchoneta enorme que lo cubría casi por completo. En el centro de la colchoneta ubicó un colchón de lana doblado que hacía las veces de mi cama. Era mi cuarto seguro, donde podía arrastrarme por todo lado y golpear con los yesos sin que nada me pasara.

Todo en esa habitación era tan blandito que mi hermano se quedaba a dormir los viernes conmigo, porque al otro día no tenía que madrugar para ir al colegio. Él en la colchoneta, arropado con una cobijota de alpaca que papá trajo de un viaje al Perú; yo en mi colchón doblado, envuelto en una manta que me tejió mamá.

Por las mañanas de los sábados siempre me despertaba primero, lo veía y me arrastraba hasta él y le daba mi versión de una lluvia de besos. Es decir, le babeaba la cara. Él se hacía el dormido un rato y, de repente, saltaba como si acabara de despertarse, para asustarme. Entonces empezaba la patanería, una lucha desigual entre mi hermano-gigante y yo-bebé. Nos moríamos de risa.

Amaba a mi hermano. Por eso mi rutina de salir a saludarlo. Por eso nos reíamos con la misma carcajada grave, que yo aprendí a imitarle.

Mamá no podía creer que, aunque no hubiera dicho mi primera palabra, me riera como niño grande.

*

Las rutinas de papá:

• Comerse las cejas. Hasta que se le acabaron, hasta que quedó como un muñeco de plástico, como la versión adulta de un muñeco

de plástico.

Las cejas se le acabaron cuando a mi abuelo le dio un aneurisma. Yo había cumplido un mes de nacido y mi abuelo estaba por llegar a los noventa. Fue un sábado por la mañana, menos mal, porque en la casa de mis abuelos, en Tunja, estaban mi tía Rosa y mi tía Gloria.

Mi tía Gloria fue la que llamó a nuestro apartamento. Mamá fue quien contestó. Se puso pálida cuando escuchó lo del aneurisma. Entonces gritó llamando a papá para que fuera al teléfono. Vení rápido que a tu papá le dio un aneurisma, le dijo.

¿Qué es aneurisma?, le preguntó mi hermano a mamá mientras papá hablaba por teléfono con la tía Gloria. Es cuando se hace como una burbuja de sangre en una venita del cerebro y se estalla, respondió mamá.

¿Cómo pasó?, preguntó papá angustiadísimo, arrancándose una de las poquitas cejas que le quedaban.

La tía Gloria le dijo que fue en el baño, que mi abuelo se entró a duchar y que, de repente, sintió un dolor de cabeza horrible, el más horrible de toda su vida. La tía Gloria también le contó a papá que entonces mi abuelo se fue para el cuarto a pedirle a mi abuela que le diera una de esas pastillas que ella se tomaba y ahí, pum, se desplomó sobre la cama. Muy de buenas mi papá, dijo mi tía Gloria, donde se caiga en el baño se desnuca y yo le estaría contando otro cuento.

Así recuerda papá que le dijo la tía Gloria.

Mientras mi familia atravesaba una de sus peores crisis, yo estaba entretenido en mi cuarto haciendo chillar un muñeco verde que producía ruidos cuando lo mordía. Era mi juguete preferido en ese momento. Lo recuerdo y me dan ganas de volver a estar vivo para jugar con él.

Papá colgó el teléfono y fue corriendo a ponerse cualquier cosa porque, como era sábado por la mañana, estaba en piyama haciendo su crucigrama metido entre las cobijas.

Salió del apartamento subiendo de dos en dos las escaleras de la entrada y se fue sin decir adiós, nadie le reclamó. ¿Cómo íbamos a

decirle algo si estaba aterrado porque su papá se podía morir y ese era el dolor más intenso que había sentido en toda su vida?

Bueno, hasta que me le morí yo.

*

Lo del aneurisma no mató a mi abuelo, pero tuvo consecuencias. Las más notorias fueron que perdió fuerza en la pierna izquierda, por lo que la arrastraba un poco, y que la lengua de vez en cuando se le trababa, como la memoria.

La otra consecuencia, la más dolorosa para él, fue que el médico le dijo señor, por su salud, le toca irse de Tunja; la altura no es buena para personas con problemas de presión arterial y, pues, no queremos que sufra otro episodio cardiovascular.

Entonces mi abuelo le dijo a mi abuela nos va a tocar vender la casa. Pues vendámosla, dijo ella; mejor para mí, ya estoy cansada de hacer oficio en este caseronón.

Y la vendieron, aunque a mi abuelo se le hacía espuma en la boca de la rabia cada vez que decía el precio o cuántos metros tenía o el número de habitaciones y baños o contaba que era patrimonial.

Pese a mi abuelo, lograron vender la casa y con parte de la plata que recibieron compraron un lote con cabaña en un condominio campestre que quedaba en Santandercito, un pueblo de tierra caliente más cerca de Bogotá que de Tunja. El lote se los vendió un exsocio de mi abuelo, que también tenía problemas de presión y que se instaló por esos lados buscando un buen vividero.

El clima cafetero de acá es bendito para los achaques, dijo el exsocio cuando les mostró el terreno. A mi abuelo y mi abuela les gustó eso del clima, pero no estaban seguros. Lo que terminó de convencerlos fue la vista que tenía la cabaña, a unos farallones imponentes, y que por el lado pasaba una quebrada que producía un sonido muy tranquilizante.

A mi abuela se le despejaron las dudas y supo lo que quería, mi abuelo se tragó las suyas y aceptó resignado, así que no se embolataron con la pedida de rebaja y en una hora de negociación

cerraron el trato, tomando tinto en una cafetería del pueblo. Al otro día pagaron con un cheque de gerencia y regresaron a Tunja a esperar un par de días a que les llegara la escritura. Se estaban quedando donde mi tía Rosa y, aunque no fue fácil porque ya eran muy viejos para acomodar sus resabios a la vida de una casa ajena, se aguantaron porque, como dijo mi abuela una vez: mi Dios es muy grande y aprieta, pero no ahorca.

Cuando llegó la escritura, con la plata que les sobró de la venta acondicionaron la cabaña. La llenaron de barandas y agarraderas, por si algún día les costaba trabajo caminar o se les iban las luces por un aneurisma.

Iniciaron el trasteo el día que les informaron que la cabaña estaba lista. Además de algunos muebles de la casa de Tunja, se llevaron a una empleada del servicio que había trabajado con mi tía Gloria. Se llamaba Ercilia y era paciente como una nube. Eso le gustaba a mi abuela porque le acolitaba todas las ocurrencias "sin chistar palabra". Así decía mi abuela.

Entonces empezó otra rutina de papá: bajar a Santandercito para visitar a los abuelos.

*

Así como antes viajábamos a Tunja, comenzamos a ir a Santandercito los fines de semana. Al principio los cuatro, pero pronto mi hermano dejó de querer ir porque allá no había nada para hacer, salvo conversar con los abuelos y jugar cartas por las noches. Él estaba para otras cosas: para jugar pimpón en la liga, para las fiestas de quince a las que empezaban a invitarlo, para hablar durante horas por teléfono con sus amigas, para quedarse parado frente al espejo a ver si se le marcaba algún músculo del abdomen después de hacer ejercicio encerrado en su cuarto.

Pero como no se podía quedar solo, entonces mamá también dejó de viajar y, obvio, yo me quedaba con ella. Y digo que era obvio porque papá no estaba listo para hacerse cargo de un bebé. No lo estuvo con mi hermano la vez que mamá le pidió que lo

cuidara un sábado mientras ella se veía con una amiga y él, aturdido por la responsabilidad de un bebé de siete meses, fue corriendo donde su hermana Alma Luz y le pidió que lo cuidara. Mientras tanto, y viéndose desocupado, aprovechó para ir a jugar fútbol con sus amigos de la universidad.

Papá no estaba listo para hacerse cargo de mí. Quizás tampoco quería. Por eso yo me quedaba con mamá y con mi hermano.

Además, aunque no lo admitiera en voz alta, a papá le gustaba viajar solo porque se desentendía de todos los problemas de la casa y sentía como si fuera libre de nuevo, como si no se lo hubieran tragado una oficina en el Ministerio y un par de hijos que eran, pensaba a veces, dos tiernas sanguijuelas que le drenaban la vida.

*

Papá llegaba a Santandercito a la hora del almuerzo y, mientras comía con los abuelos, contaba cuáles eran los nuevos proyectos que tenía en el Ministerio o presumía de lo buen estudiante que era mi hermano o hacía una especie de informe sobre cómo evolucionaban mis pies, de acuerdo con lo que decía la fisioterapeuta.

Y mis abuelos felices. Y mi papá más feliz porque le gustaba verlos sonreír y saludables, sin amenaza de aneurismas y cosas por el estilo.

Después del almuerzo seguía con su otra rutina: fumar mariguana a escondidas detrás de un árbol en un rincón del lote, al lado de la quebrada. Porque, obvio, papá no podía dejar de fumar mariguana, entonces decía que iba a caminar un rato para hacer la digestión. Volvía con los ojos rojos y la sonrisa relajada que le quedaba cuando fumaba.

Luego se pasaba la tarde conversando con mi abuelo, los dos sentados en una banca que había frente a la cabaña y desde donde se veían los inmensos farallones. Papá y mi abuelo sólo se levantaban cuando los zancudos se ponían cansones o cuando los llamaban a la mesa porque era hora de comer.

Todo bien hasta que se murió Pedro Nel, el mejor amigo de mi abuelo. Yo iba a cumplir cuatro meses y estaba aprendiendo a imitar las caras chistosas que hacía mi hermano para hacerme reír. Era nuestro juego favorito.

*

A Pedro Nel no lo mató un aneurisma. A él le dio un infarto que lo dejó fulminado en una poltrona de la sala de su casa. Todavía vivía en Tunja. Él no hizo caso a la recomendación de irse para tierras más bajas.

Fue un martes por la tarde, mientras hacía la siesta. De repente se despertó gritando, con un dolor fuertísimo en el pecho. Se llevó la mano al corazón y, pum, se murió. Su esposa corrió a ver qué le pasaba y empezó a pedir ayuda, lloraba desconsolada. La empleada llegó detrás de ella, pero ya no había nada qué hacer. Pedro Nel tenía los ojos muy abiertos y miraba hacia el techo. La mano que se llevó al corazón se desgonzó y resbaló lentamente hasta su costado.

El médico que hizo el acta de defunción en el hospital de Tunja dijo que muertes así ocurrían a veces, que la gente se moría sencillamente porque le llegaba la hora.

La misa de despedida fue en la iglesia de El Topo, en una loma de Tunja. Mi abuela y mi abuelo se madrugaron desde Santandercito para ser los primeros en llegar. Mi abuelo usó un traje negro que le gustaba porque tenía un chaleco con un forro de seda roja, muy suavecita.

El entierro lo hicieron en un cementerio por la carretera a Paipa. La ceremonia la ofició un monseñor que estudió en el colegio con Pedro Nel y mi abuelo. Recordó la infancia, celebró la vida, los hijos, los nietos, los paseos de olla que hacían a la orilla de la carretera a Soracá y lloró cuando rezó el Padre Nuestro de despedida. La voz no le alcanzó para decir el "amén".

Mi abuelo fue el último en salir. Se quedó frente a la tumba mucho rato, hasta que habló. ¿Hace frío por allá, compadre?, preguntó entre dientes. Lo dijo susurrando para que las palabras se

quedaran en el aire y fueran cayendo despacio durante toda la tarde. Después estuvo unos minutos más en silencio, como esperando una respuesta que, sabía, no iba a llegar. Finalmente fue hasta el carro donde lo esperaban mi abuela y mi tía Rosa. La pierna que le pesaba empezó a pesarle más.

*

Desde ese día mi abuelo no salió más de la cabaña. Tampoco volvió a afeitarse ni a quitarse la piyama ni a lavar la caja de dientes. Decía que le daba pereza arreglarse, que para qué, si al fin de cuentas sólo voy de la cama a la sala y de la sala al baño. Así le decía a mi abuela. Luego comió cada vez menos. A duras penas probaba lo que le servía Ercilia. Entonces su vida se redujo a levantarse para ir a la banca frente a la cabaña a mirar los farallones, dejando que el día le pasara por encima.

Se fue apagando mi abuelo.

Papá se preocupó de verlo así y empezó a bajar a Santandercito dos veces a la semana. El miércoles bajaba a la hora del almuerzo y se devolvía por la noche. El viernes salía cuando terminaba de trabajar y volvía a Bogotá el lunes por la mañana, directo a su oficina en el Ministerio.

Mientras tanto, mamá a cargo de mi hermano y de mí.

*

Los días que papá estaba con mi abuelo lo acompañaba en la banca y, a su manera, conversaban. Y digo "a su manera" porque un día a mi abuelo se le acabaron hasta las ganas de hablar y a duras penas separaba los labios para responder lo que papá le preguntaba. No se le entendía nada. A papá eso lo desesperaba y le pedía a cada rato que vocalizara, que se esforzara por hablar claro, que él no era un viejo decrépito, que no se dejara tragar por la tristeza. Pero mi abuelo se dejó tragar y a papá le tocó aguantarse sus balbuceos y aprender a conversar con él como si lo hiciera con un bebé.

Pobre papá, se impacientaba con esa actitud de mi abuelo y eso le generaba mucha ansiedad. Por eso le tocó empezar a rascarse las rodillas, porque ya no tenía cejas para arrancarse.

Primero fue la derecha, luego la izquierda, después las dos. Se sentaba al lado de mi abuelo en la banca, se remangaba los pantalones hasta los muslos y se ponía a "conversar" con él, mientras con las uñas se arrancaba pellejitos. No paraba ni cuando diminutas gotas de sangre salían de los poros de sus rodillas. Así estaba hasta el final de la tarde, cuando atacaban los zancudos.

La escena era una foto triste que se repetía cada semana.

Cuando papá regresaba a Bogotá se echaba crema en las rodillas. Usaba la que mamá me ponía en la cola. Se llamaba Crema #4.

*

Un domingo por la tarde mi abuelo dejó hasta de tragar saliva. Las babas se le escurrieron de la boca y le mojaron la camisa de la piyama. Papá se quedó viéndolo sorprendido y le preguntó qué pasaba, pero mi abuelo no respondió. Sólo miró a papá y babeó, después volvió a mirar hacia los farallones. Entonces papá fue corriendo al baño por una toalla y regresó a limpiarle las babas.

Era la primera vez en la vida que papá hacía algo así. A mi hermano no le limpió las babas, a mí tampoco.

Esa noche llamó a cada una de sus hermanas y les contó lo que pasó. Mi tía Rosa lloró desconsolada, mi tía Gloria se quedó muda, mi tía Alma Luz viajó inmediatamente a Santandercito en flota.

Por la mañana se sentaron papá, mi tía, mi abuela y mi abuelo en la mesa a desayunar. Mi tía intentaba darle con una cucharita el huevo cocido que le preparó Ercilia. Papá veía la escena tomándose un agua de panela. Sígale dando, que tengo que ir al baño, le dijo mi tía en un momento a papá. Él cogió la cucharita y trató de meterle un bocado a mi abuelo. Él no abrió la boca y terminó con los labios todos embadurnados y el huevo chorreado en la camisa. Sumercé no sirve para eso, dijo mi abuela quitándole la cucharita a

papá; traiga para acá y vaya a buscar un pañuelo. Papá fue al cuarto de mis abuelos, tomó del nochero un pañuelo blanco y regresó al comedor, se lo amarró en el cuello a mi abuelo.

Desde esa mañana él usó babero todo el tiempo, como yo.

*

Con el paso de las semanas a mi pobre abuelo se lo terminó de tragar la tristeza y un sábado por la tarde no se paró de la banca para ir al baño y se orinó encima, también se hizo popó. Papá se dio cuenta por el olor. Se fue corriendo a pedirle ayuda a Ercilia y entre los dos levantaron a mi abuelo y lo llevaron al baño. Ercilia cogió la ropa sucia para lavarla y papá se quedó parado al lado de mi abuelo mientras mi abuela los miraba desde la puerta y decía voy a buscarle ropa limpia, mijo.

Papá empezó a bañarlo. Primero lo sentó en una silla de plástico bajo el chorro de agua tibia y luego le frotó la piel con una esponja enjabonada, como había visto que mamá hacía conmigo. Mientras tanto mi abuela le dijo a Ercilia vaya al pueblo y traiga pañales para viejo; corriendo; la veo.

Mi abuela estaba furiosa con el universo entero porque el popó de mi abuelo le restregaba en la cara que ya eran unos viejos decrépitos.

Esa tarde papá aprendió a ponerle pañales a mi abuelo y el lunes, al regresar a nuestro apartamento, le contó a mamá lo que pasó y le dijo que también iba a cambiar los míos cuando llegara del trabajo. Después se dieron un beso como no se habían dado en mucho tiempo, uno tierno y cálido.

*

Mi abuelo nunca se recuperó de la tristeza. Siguió pasando el tiempo en la banca hasta que un día, tres años después de que me morí, se desgonzó y la cara se le estrelló contra el piso.

Infarto fulminante, como el de Pedro Nel.

Así lo encontró Ercilia y trató de levantarlo. No pudo. Así también lo vio mi abuela y se sentó a llorar en la banca.

A mi abuelo, por el golpe, se le abrió una herida grande en la frente que sangró poquito, porque el corazón ya no le latía.

Así son las heridas de los muertos.

Lo enterraron en Santandercito y hasta allá fue el amigo monseñor a despedirlo. No dijo "Padres Nuestros" ni "amenes" ni nada. Ni siquiera llevó el hábito ni la Biblia. Se despidió de mi familia con la certeza de que le llegaba su turno.

Mi abuela también tuvo esa certeza cuando vio la lápida acomodada en la tumba. En efecto, se murió un par de años después. Fue en su cama, rodeada por mis tías, papá y los nietos mayores. Hasta mi hermano estuvo allá, con su pelo larguísimo amarrado en una trenza apretada.

Ella murió contenta porque dejó en el lote un jardín repleto de flores, cuatro árboles de mango cosechando y un montón de pajaritos mal acostumbrados a desayunar fruta picada, que ella ponía por las mañanas en una batea de madera sobre una roca enorme.

*

Las rutinas de mamá.

• Comprar "manita" de res.

Así decía mamá: "manita".

La empezó a llamar de ese modo porque fue como le dijo el carnicero a quien se la encargó. ¿Sólo va a llevar una manita, mi señora?, le preguntó mientras afilaba el cuchillo con una barra metálica. A mamá le causó gracia el comentario y por eso decidió llamarla también "manita".

Eso fue después de la primera cita con la fisioterapeuta. Ella le dijo a mamá mi señora, lo que le recomendó el ortopedista es bendito; no se imagina los casos que he visto salir adelante con ese

remedio; téngale fe, que con la ayuda de mi Dios su bebé se recupera.

Mamá era atea. Papá era ateo. Mi hermano no quería creer en nada porque había leído algo de Nietzsche sobre la muerte de Dios. Yo era un bebé que sólo creía en mamá, en papá y en mi hermano.

Dios no nos quería.

*

Luego la fisioterapeuta le indicó a mamá cómo preparar el menjurje y aplicármelo.

PASO 1: comprar la pata de res. Así dijo la fisioterapeuta, porque no sabía que la íbamos a llamar "manita".

PASO 2: pedir que la cortaran a lo largo con la sierra de la carnicería. El sonido que provocaba la sierra era aterrador, como de una fresa de odontólogo para limpiar muelas de gigante.

PASO 3: en el apartamento, retirar con una cuchara toda la médula del hueso. El "tuétano", decía mamá. Y le sonaba bonito cuando decía: listo el tuétano de la manita de res.

PASO 4: guardar el tuétano en un frasco de cristal y meterlo a la nevera.

PASO 5: cada día sacar media cucharadita de tuétano, que ya estaba duro como manteca, y calentarlo con una vela hasta que se convirtiera en un aceite espeso.

Los días que tenía yesos, mamá usaba el aceite para masajearme la espalda, los brazos y el cuello, mientras me hacía ejercicios para fortalecerme los músculos. La semana que estaba sin yesos, aprovechaba para hacerme también masajes en los tobillos y los dedos de los pies. Me daban muchas cosquillas y sonreía todo el tiempo.

A mamá le gustaban mis sonrisas. Una vez le dijo a mi hermano: él no llora; siempre sonríe.

No era cierto, porque lloré mucho durante mi año de vida. Pero me alegra que mamá sólo recuerde mis sonrisas.

*

Mamá me hacía el masaje y los ejercicios siempre después de almuerzo, para relajarme y que hiciera la siesta. No me gustaba dormir porque me incomodaban los yesos, a menos que fuera con ella y me dejara chupar la punta de su trenza. Pero ella casi nunca podía acostarse conmigo, entonces sólo de vez en cuando hacía siesta.

• Otra rutina de mamá: escribir los informes que papá presentaba en el Ministerio, mientras él estaba trabajando o en Santandercito haciéndose cargo de mi abuelo.

Cuando se daba por vencida de intentar dormirme, me dejaba en mi cuarto y se iba para el escritorio de la sala, donde teníamos el computador. Escribía y escuchaba en qué andaba yo. Escribía y salía corriendo cuando algún juguete se estrellaba contra la pared. Escribía y estaba pendiente de que la comida para el otro día no se fuera a quemar.

Mamá siempre armaba el almuerzo con un día de anticipación porque por las mañanas no le daba la vida. O me tenía que llevar a terapias o debía hacer mercado o le tocaba pagar las cuentas en los bancos o pararse en filas eternas a pedir una autorización que se necesitaba para que me siguieran haciendo las terapias.

Escribía y hacía al tiempo todo lo demás hasta que mi hermano llegaba de jugar pimpón. Entonces paraba y se ponía a organizar las cosas de la comida.

*

Más rutinas de mamá:

• Bañarme sin que se mojaran los yesos.

Y no era fácil porque yo pataleaba y manoteaba en la bañera, me encantaba ver cómo la espuma y el agua salpicaban por todo lado.

Mamá no tenía problema con eso porque, desde mis primeros yesos, aprendió cómo amarrarme bien unas bolsas plásticas para protegerlos. También aprendió a poner una toalla en el suelo para

que lo cubriera por completo y no fueran un problema las salpicaduras.

Mamá aprendía rápido, desde niña. Aprendió a leer a los cinco años y a evitar desastres en el baño a los cuarenta y cuatro.

Entonces los dos podíamos disfrutar el baño. Ella me cantaba canciones bonitas mientras me limpiaba con una esponja suave, canciones que se aprendió cuando vivió en la comuna hippie en Pance:

Yo pregunto a los presentes
si no se han puesto a pensar
que esta tierra es de nosotros
y no del que tenga más.

Normalmente en ese momento llegaba papá de la oficina, cuando no estaba en Santandercito con mi abuelo. Siempre decía que se sentía agotado y se le veía nervioso buscando cejas para arrancarse, aunque no le quedaba ni una. Pero se sentaba junto a mamá porque eso lo relajaba y entre los dos me cantaban y bañaban. Luego él se encargaba de secarme y ponerme el pañal y la piyama, mientras mamá recogía la toalla mojada del piso del baño y vaciaba la bañera.

Finalmente, venía la última rutina del día de mamá: dormirme para dormirse.

Se acostaba temprano porque al otro día tenía que madrugar para armar los desayunos de mi hermano y papá.

Así eran los días durante dos semanas, porque entonces me quitaban los yesos y las rutinas cambiaban un poco.

• Llevarme a donde la fisioterapeuta.

Íbamos en el Renault 4, cuando papá no se lo llevaba para Santandercito. Llevarme a las terapias fue la única razón que aceptó papá para dejar que mamá manejara el renoleto. Mamá lo manejaba recordando las lecciones de mi abuelo en el Comando. Yo iba atrás, en mi canasta-moisés, amarrado a la silla con una riata que hacía las

veces de cinturón de seguridad. Todo muy improvisado, pero efectivo.

A mamá le gustaba manejar y por eso cantaba todo el camino:

Arriba los pobres del mundo
de pie los esclavos sin pan
y cantemos todos unidos
viva la internacional.

Media hora se demoraba el recorrido de ida y otra media el de regreso. Hacíamos lo mismo por una semana, que era lo que yo duraba sin yesos. Entonces mamá cantaba muchas veces las mismas canciones y yo la escuchaba sonriendo, porque me gustaba su voz, y también sonreír.

Cuando el carro se lo llevaba papá, íbamos en bus a donde la fisioterapeuta. A mamá se le enredaba la plata para pagar el pasaje y, a veces, se le caían monedas. Afortunadamente siempre aparecía alguien que se las levantaba y hasta le cedía el puesto para que nos sentáramos. Ella me llevaba cargado sobre sus piernas y me cantaba suavecito. Yo miraba por la ventana y no me reía porque no me gustaba el olor a metal de los buses.

*

Así estuvimos seis meses mi familia y yo. Seis meses que pasaron como un suspiro juguetón que se enredó entre las rutinas.

Entonces mamá programó una cita para que me tomaran radiografías. Las teníamos que llevar al ortopedista para que diagnosticara cómo iban mis pies. Fuimos sólo mamá y yo, a las radiografías y al ortopedista, porque papá estaba con mi abuelo.

El ortopedista me revisó con esa gentileza que lo caracterizaba y se quedó varios minutos concentrado en las radiografías. Luego dijo la buena noticia es que este niño está creciendo como un campeón; la mala es que los tendones se pusieron tercos, mi señora; va a

tocar darle con juicio otros seis meses a los yesos y las fisioterapias, para ver si nos ahorramos la operación.

Esas palabras bastaron para que mis segundos seis meses de vida se convirtieran en un espejo de los primeros.

Un segundo suspiro, pero amargo, como si en el apartamento nos la pasáramos masticando granos de café quemados y colillas de cigarrillo.

*

Dos semanas antes de que yo cumpliera un año volvimos donde el ortopedista con radiografías nuevas. Esa vez sí fue papá, a la toma de las radiografías y a la cita con el doctor.

Mamá y papá iban con la amargura amontonada en los ojos, en forma de lágrimas contenidas. Sabían lo que él iba a decir porque mis pies seguían torcidos como raíces. Pues toca operarlo, mis señores, dijo el ortopedista con una sonrisa que quería ser optimista; pero no se me afanen, que no es tan grave, el procedimiento es ambulatorio; lo único que tenemos que hacer es abrir una pequeña incisión acá, dijo señalando un poco arriba de mi talón, sacamos el famoso tendón de Aquiles, lo recortamos, suturamos los dos extremos, cerramos la incisión, repetimos en el otro pie y listo, en dos semanas ya tenemos a este jovencito preparado para darle patadas a un balón y bailar merengue.

Ni a mamá ni a papá les causó gracia el comentario. Yo sí me reí. Solté una de esas carcajadas que le había aprendido a mi hermano.

Reí porque todavía no entendía palabras y tampoco sabía lo que significaban las caras largas y los movimientos nerviosos de las manos. Las del ortopedista, por supuesto, porque mamá y papá se quedaron quietecitos, tragándose los suspiros amargos.

*

Luego cumplí un año y mi familia me hizo esa fiesta chiquita para la que mamá preparó la torta de banano con bocadillo que tanto me

gustó. Fue bonito vernos juntos en la sala del apartamento, sentados en el piso y con la torta untada por todo lado. A esa imagen la llamo felicidad.

Una semana después yo estaba en el quirófano. Era una mañana caliente, pero tenía frío porque me dejaron sólo en pañal. Y también porque me aplicaron anestesia general, que baja el ritmo cardiaco y, entonces, también da frío.

Me quedé dormido mientras mamá y papá esperaban en una sala repleta de sillas incómodas.

Cuando desperté sentí que había pasado un segundo. En realidad llevaba cuatro horas dormido y ya estaban arreglados mis tendones. Podía empezar mi nueva vida.

¡Cuántas ganas tenía de ponerme de pie y jalarle la camisa a mi hermano para que me subiera a sus hombros y jugáramos a ser un gigante!

Mamá y papá estaban a mi lado. Mamá me había envuelto en una de las mantas suavecitas que teníamos en el apartamento. Eso me hizo bien para el malestar que sentía: me dolían los tobillos, los muslos, la cabeza y tenía muchas ganas de vomitar. Es normal que esté decaído unas horas, hasta un par de días, les dijo el ortopedista a mamá y papá; se va a quedar en observación hasta el final de la tarde y, si no hay novedad, se lo llevan para la casa; manténganlo hidratado y consiéntanlo mucho, que ya después no va a haber quién lo ataje.

Las cosas salieron bien ese día en la clínica, por eso en la noche llegamos al apartamento. Me acostaron en la cama de ellos, en la mitad. Mi hermano llegó un rato después con Joaquín, venían de la liga de pimpón. Estaban sudados y apestaban, así que no se acercaron. De todos modos pasaron a saludar y mi hermano se quedó mirándome fijamente y me dijo hola, hermanito. Yo apenas abrí los ojos un segundo, no tenía fuerza para más. No le pude sonreír.

Mi hermano no se sintió bien al verme porque algo se le clavó adentro, en el vientre, allá donde duelen los presentimientos. Pero lo

disimuló, para no preocupar a mamá y papá. Lo que hizo fue darle a Joaquín un golpecito en la espalda y decirle que salieran. Luego gritó desde la sala que iban a dar una vuelta, que regresaba en un rato.

Apenas se bajaron del ascensor en el primer piso, mi hermano se desmoronó. Se va a morir, le dijo a Joaquín; Santiago se va a morir. Como pudo, caminó hasta las escaleras de la entrada del edificio y se dejó caer. Lloró tragándose los gritos hasta que Joaquín lo levantó y lo llevó a dar una vuelta.

Mi hermano y yo lo sabíamos. Papá y mamá no querían ni imaginarlo.

*

A las nueve de la noche regresó mi hermano y ni bajó a saludar. No quería que le vieran los ojos rojos. Tampoco quería volver a verme y sentir que se le clavaba más profundo el puñal que ya tenía en el hígado.

A las once me puse muy frío. Además, empecé con un llanto que parecía un zumbido.

Corrimos a urgencias.

Papá se encargó de abrir la puerta del apartamento, mamá de intentar calentarme metiéndome entre su camisa, como un bebé canguro. A duras penas le gritaron a mi hermano que salían para la clínica. Él no respondió, tampoco hubo tiempo. Papá azotó la puerta y mi hermano se quedó con la certeza de que yo me iba a morir.

A mamá y papá los recibieron en la clínica con alerta máxima. Una enfermera me tomó en sus brazos y me llevó a una sala de cuidados intensivos. Papá y mamá se quedaron esperando, de nuevo, en la sala de las sillas incómodas. Al rato salió una médica y les habló de efectos secundarios de la anestesia, de posibles alergias no diagnosticadas a los medicamentos y de los consentimientos informados que habían firmado para autorizar mi operación. Después la médica regresó a atenderme.

Mamá se quedó petrificada en su silla, con las manos sobre los muslos y mirando hacia una puerta con un letrero que decía "Baño

en mantenimiento. Usar el del pasillo".

Papá caminó de un lado para otro de la sala. En un momento fue a la recepción y empezó a preguntar cómo estaba yo, a exigir que le dieran información sobre los médicos que habían participado en mi cirugía, a amenazar con que iba a demandar si me pasaba algo, a gritar que trabajaba en el Ministerio de Salud. Al final estaba tan alterado, empujando sillas, que dos celadores le pidieron que esperara afuera y hablaron con mamá para que hiciera algo.

Como si no fuera suficiente lidiar con mi agonía, mamá tuvo que hacerse cargo de papá. Desde el teléfono público que había en la recepción llamó a Ismael, el amigo médico de papá, y le dijo vení rápido con mariguana, que este hombre está como loco afuera de la clínica gritando y pateando canecas de basura.

El amigo llegó y se fue con papá al parque frente a la clínica. Fumaron mariguana y lloraron envueltos en el humo dulce.

Entonces, más calmado, papá regresó a la sala de las sillas incómodas y se sentó al lado de mamá a mirar el letrero de la puerta. Así estuvieron hasta que la médica salió para hablar con ellos.

Yo ya estaba muerto. Tenía la piel como transparente y los labios morados.

Alrededor mío todo se congeló en una gelatina infinita. No sé cuándo, porque ya no me pesaba el tiempo, la gelatina se fue derritiendo y los colores del mundo se chorrearon unos sobre otros, las historias se mezclaron, el dolor en mis piecitos desapareció y también el olor de la sangre coagulada y los antibióticos. Lentamente, como la respiración de una ballena, la gelatina se convirtió en una burbuja que me hizo sentir que estaba de nuevo en la panza de mamá, así de calientito y seguro.

Así de oscuro y apretado.

A lo lejos brilló una pequeña luz blanca, del color de mis yesos, que se fue acercando poco a poco. Era un recuerdo de cuando papá era niño y se cayó del árbol de peras que había en el jardín de la casa de Tunja.

*

Mientras eso pasaba en la clínica, en su cuarto mi hermano repetía mi nombre, enroscado debajo de las cobijas, apestando a adolescente sudoroso, a lágrimas y a mocos. Lo repitió toda la noche, hasta que al amanecer escuchó que se abría la puerta del apartamento. Mamá entró a su cuarto sabiendo que él estaba despierto, se sentó en el borde de la cama y soltó las palabras como un puño: Santiago se murió.

Mi hermano se levantó y corrió a encerrarse en su baño, se acurrucó en el piso a llorar. "Muerto… Muerto… Muerto…", repitió en su cabeza como un canto. Y con cada repetición sintió más impotencia y rabia. Se odió por haber sabido que me iba a morir desde el instante en que me vio acostado en la cama de papá y mamá.

Pobre mi hermano. Nadie está preparado para ver la muerte en la cara de un bebé.

*

Ese día lo pasé en la morgue del hospital. Afuera el mundo seguía.

Afuera mamá y papá hacían trámites, firmaban papeles, amenazaban con demandas y abogados. Pero, sobre todo, lloraban. Cada uno por su lado porque entre ellos se acababa de romper el último lazo que los juntaba. Y por romper me refiero a morir.

Afuera mi hermano también lloraba, en el parqueadero de la clínica, encerrado en el Renault 4, gritando como si quisiera que se le reventara la garganta.



Este libro se terminó de imprimir
a los 31 años del nacimiento de
Santiago Otálora Marulanda,
y a los 30 de su muerte.


© Alfonso Pérez Acosta

Eduardo Otálora Marulanda

Estudió filosofía en la Universidad Nacional de Colombia y luego cursó la Maestría en Escrituras Creativas en esa misma universidad. En 2012 ganó el xx Premio de Novela Breve Juan March Cencillo con la novela *Madolia*, que fue publicada en 2013 por la editorial Pre-textos y fue traducida al árabe en 2015. En 2017 publicó *Donde habitan las palabras*, su segunda novela, con la Editorial de la Universidad del Cauca. En 2018 fue finalista del premio de cuento *La Cueva* y en 2019 ganó el Premio Nacional de Novela Ciudad de Bogotá con el libro *La hora gris*, publicado en 2020 por el Fondo de Cultura Económica. Ese mismo año publicó, con la editorial Planeta, el libro para niños *Mi primer Quijote* y más adelante, en 2023, *La odisea de la maestra Milagros*.

El narrador de *Quieto* está inspirado en Santiago, su hermano.

Diseño de la cubierta: Planeta Arte & Diseño - Daniela Nieves

Otros títulos de la colección

La selva y la lluvia
Arnoldo Palacios

Estás muy callada hoy
Ana Navajas

Los amigos míos se viven muriendo
Luis Miguel Rivas

Tamayura
Yasunari Kawabata

Eduardo Otálora Marulanda

Quieto

Santiago es un bebé que alcanza a vivir poco más de un año y quien, desde el vientre, observa y escucha; es testigo mudo de una familia que sobrevive a los días como puede: con silencios, rutinas, peleas contenidas y una mecedora que nunca deja de moverse.

***Quieto* cuenta, con una lucidez desarmante, la historia de una breve existencia. Lo hace con la voz de Santiago, que contiene memorias de todos sus ancestros. Lo hace con la ternura de quien no alcanzó a estorbar y con la claridad de quien solo posee pasado. Entre mundos posibles que duelen y una realidad que apenas le permite existir, su narración se vuelve una carta de despedida, una elegía íntima que atraviesa los cuerpos —los vivos y los muertos— y encuentra en sus gestos la forma más simple del amor: quedarse.**

Con una prosa que no grita, pero cala hondo, Eduardo Otálora Marulanda nos hace preguntarnos desde dónde puede contarse una vida. Y la respuesta parece ser que la muerte no interrumpe las historias, sino que las completa. Esta es una obra que mira de frente la fragilidad —la de un cuerpo enyesado, la de una madre que calla, la de un hermano que grita, la de un padre que anhela— y la transforma

en poesía.



Seix Barral Biblioteca Breve